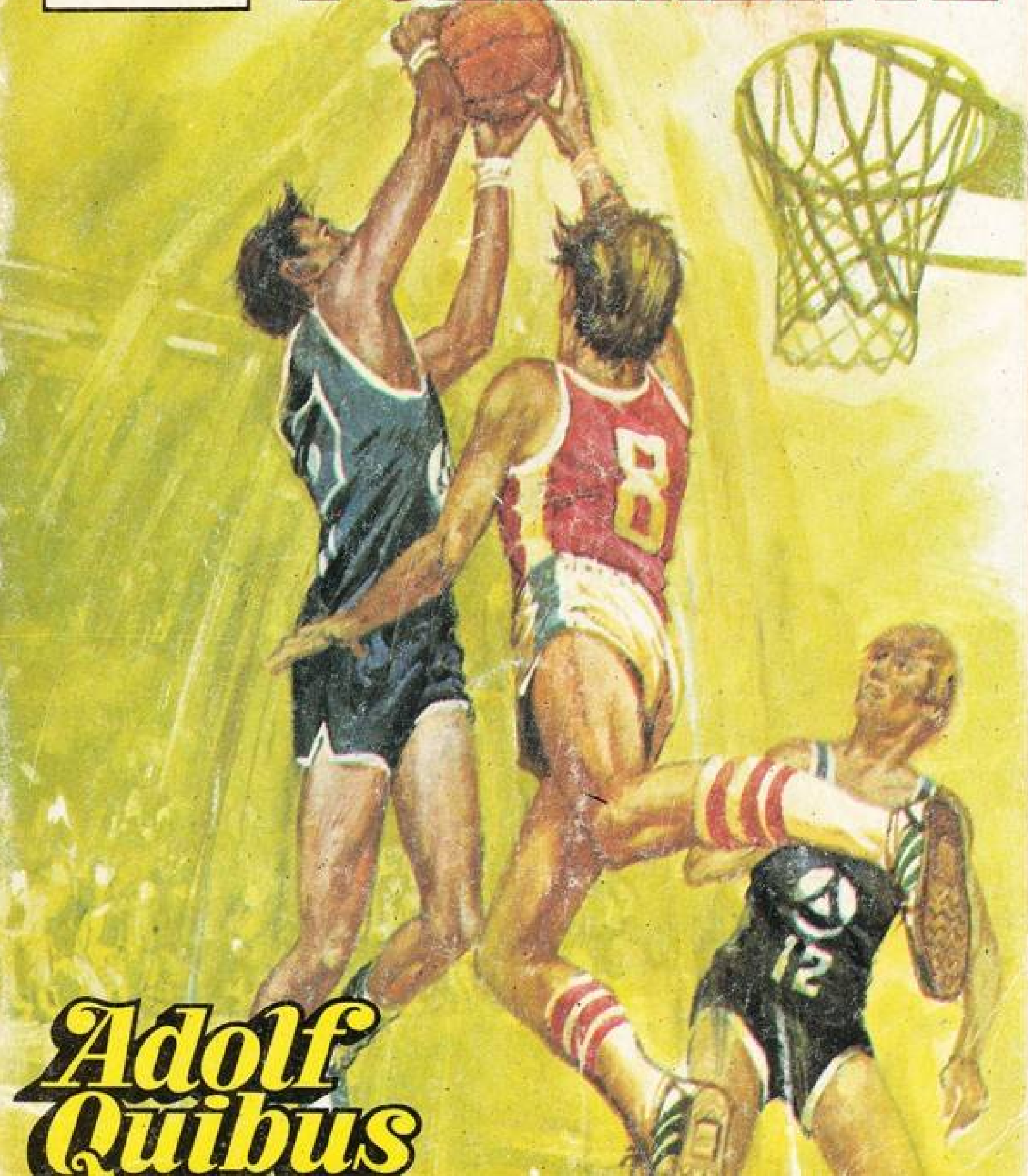
DOBLE JUEGO

BRUGUERA

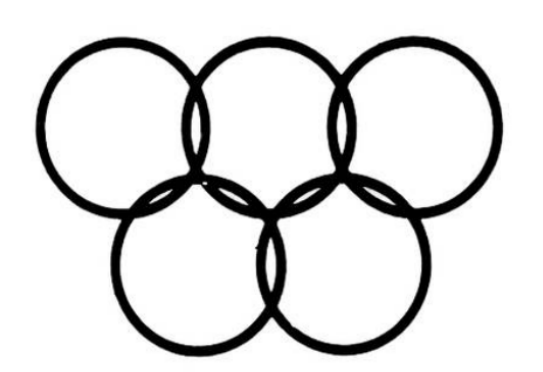
BOLSILIBROS

ACCION

CONTRA-ATAQUE FULMINANTE



Adolf Quibus



COLECCION
DOBLE
JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

60 — *Rebote fatídico.* Adolf Quibus.
61 — *Locura púrpura.* Curtis Garland.
62 — *La lesión,* Lem Ryan.
63 — *El rey del básquet,* Joseph Berna.
64 — *K. O. mortal.* Alan Parker.

ADOLF QUIBUS

CONTRAATAQUE FULMINANTE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 65
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 13.907 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1983
2.ª edición en América: diciembre, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona 1983

Para todos aquellos que viven deportivamente, que es una de las pocas formas que nos pueden llevar a un cambio razonable, y en especial a mí sobrino Ángel Lain Liena.

ADOLF QUIBUS

PRÓLOGO

Carlo Roldán elevó sus dos dieciséis metros y se alzó una vez más con el rebote, lanzando un pase largo y medido a su compañero Giorgio Ludio, que se lanzó como una bala y en solitario sobre la canasta rival, consiguiendo dos nuevos puntos para su equipo. Aquella jugada se estaba repitiendo a lo largo del partido con extraordinaria frecuencia, lo que estaba asombrando a propios y extrañes. Aquel modesto equipo de segunda división, procedente de Milán, estaba cargándose en su propia cancha a todo un primera con su pareja de jugadores norteamericanos.

Estefanía Calder, desde la grada, estaba satisfecha por el desarrollo del partido; ella era una entusiasta del deporte de la canasta y disfrutaba viendo cómo el pez grande era devorado por el chico.

—Te veo muy contenta —le dijo Giovani Marco, que estaba sentado al lado de la joven.

—Tienen un contraataque fulminante, y será difícil que puedan pararlo —dijo la joven y hermosa napolitana, que había hecho caso omiso de las palabras de su acompañante.

La verdad es que me han sorprendido con su juego —tuvo que reconocer el joven Giovani, que por contra era un forofo del equipo de casa.

Pero si las cosas no cambiaban de medio a medio, iban a sufrir la más abultada derrota que se recordaba en el lugar, y eso que había espectadores muy antiguos.

—Todos los rebotes son para él, parece que tenga un imán en las manos, ¡es fabuloso! —seguía comentando la joven Estefanía en voz alta.

—Y sus pases al base dan siempre resultado —dijo otro espectador—, yo creo que el entrenador debía pedir tiempo para intentar romperles el ritmo.

—Ya pidió los dos tiempos reglamentarios —dijo Estefanía contestando al espectador.

Otra vez Carlo capturó el balón y otra vez su pase a Giorgio fue perfecto, milimétrico, era una verdadera jugada de pizarra que repetían los dos hombres a la perfección con una rapidez endemoniada, y los puntos iban cayendo de su lado, ante el desconcierto e impotencia del equipo de casa, que había salido a jugar aquel partido con gran confianza, presuponiendo una superioridad que no se estaba reflejando en la cancha.

El partido finalizó con la increíble victoria del equipo de Milán.

Estefanía Calder se deshizo de su acompañante y se lanzó a los

vestuarios donde se encontraba el equipo ganador, para felicitar a sus integrantes.

Allí vio por primera vez a Giorgio Ludio y quedó prendida de los ojos azules del mismo, así como de su simpatía.

CAPÍTULO PRIMERO

Marcelo Moroto caminaba por las calles de Milán sin saber a ciencia cierta lo que le había sucedido. Hacía tan solo una semana era un hombre que podía considerarse afortunado, y ahora estaba solo sin saber adónde ir. Había sufrido un cambio brutal sin casi darse cuenta. Por más que intentaba encontrar una explicación lógica a todo aquello, no lograba conseguirla.

—¡Marcelo! —dijo una voz que le hizo girar el rostro de una forma automática.

Era Tonino Rimaldi.

No tuvo más remedio que pararse a charlar con él. Era una de las pocas personas con las que no le hubiera gustado encontrarse en aquellos momentos, pero la vida es como un juego y él estaba en aquellos instantes a su merced.

—Pones una cara como si acabaras de ver un fantasma —le dijo Tonino, sarcástico como siempre.

—Iba distraído. La verdad es que no pensaba en nadie conocido.

—Y mucho menos en mí. No te lo reprocho, pero ya sabes que los amigos estamos para las situaciones difíciles.

Le molestaba que Tonino se considerase amigo suyo; en su situación actual, la amistad de un mafioso como Tonino era de lo más contraproducente.

—Me enteré de lo tuyo por los periódicos —dijo Tonino con aire paternal.

Era del dominio público: Marcelo Moroto, uno de los técnicos de baloncesto más prestigiosos de toda Italia, estaba envuelto en un sucio asunto de partidos amañados. No lo habían podido demostrar, pero el rumor estaba ahí, y había sido suficiente para acabar con su carrera como entrenador. Se había abierto una investigación más rigurosa que terminaría por hundirlo. La compañía de Tonino no le podía beneficiar en absoluto.

—Vamos a tomar una copa y charlamos, ¿te parece?

Marcelo asintió resignado; lo cierto es que ya nada le importaba, su carrera había terminado. Daba lo mismo que lo vieran con Tonino o no.

Subieron al lujoso coche del mafioso y comenzaron a rodar por las pobladas calles de Milán. La ciudad era un auténtico hervidero. Las gentes parecían medio locas en su ir y venir. Era la civilización y el progreso agravados por la crisis económica. Un desastre.

Dejaron el coche en el aparcadero subterráneo y subieron al club Dimaro, uno de los clubs privados más lujosos de la ciudad.

Tomaron asiento en la mesa que Rimaldi tenía reservada allí; era todo un personaje el bueno de Tonino.

—¿Qué te apetece beber? —le preguntó.

—Me da lo mismo, pero que sea fuerte, creo que lo necesito.

—Entonces *whisky*, y alegra esa cara, tienes un aspecto deplorable y así no se puede solucionar nada.

Rimaldi encargó las bebidas, que les fueron servidas con celeridad y pulcritud.

—¿Por qué no me viniste a ver enseguida?

—No hay nada que hacer, estoy listo. No merece la pena intentar nada.

—No me gusta esa actitud, muchacho; tú siempre has sido un luchador nato, no puedes dejarte caer por la pendiente.

—No me dejo caer, me han echado y tú sabes muy bien lo que eso significa.

—No podrán probarlo y saldrás limpio como una rosa.

—Ya no —respondió Marcelo.

Aunque todo fuese como el mañoso decía había algo que nadie podría variar y era lo que él sentía en aquellos momentos. Toda su fuerza ya no era nada.

—Yo puedo hacer que todo cambie y tú lo sabes, no tienes más que decir que si y volverás a subir a tu pedestal. ¿No te gustaría?

—Claro que me gustaría, pero sé que es imposible.

—Para Tonino Rimaldi no existe esa palabra.

Y Marcelo comenzó a creer que tal vez tenía razón.

CAPÍTULO II

En todos los periódicos de Milán venía la noticia, sobre todo en los deportivos: Marcelo Moroto, el entrenador de baloncesto, había sido exculpado con todos los honores de las sospechas que pesaban sobre él, en el asunto de compra y venta de partidos. Había dado un vuelco tan extraordinario todo aquel sucio asunto que ahora Moroto aparecía ante la opinión pública poco menos que como un héroe nacional. La vida a veces es así de injusta.

Tonino Rimaldi sonreía con un periódico en las manos, sentado en su club, mientras esperaba la llegada de su buen amigo Marcelo, que no tardó en aparecer.

—¿Qué, contento? —le preguntó en cuanto este se sentó a su lado.

—Sería absurdo decir lo contrario y prefiero dejar de decir cosas fuera de lógica.

—Así me gusta, ahora a comenzar de nuevo.

—Sí, solo me hace falta un equipo, y, a pesar de todo lo sucedido, sigo pensando que no será fácil a estas alturas de la temporada.

—¿Qué me dices del Sarco? —preguntó Tonino Rimaldi.

—Es un equipo de segunda división —respondió Moroto.

—Que puede ganar la Copa y por consiguiente jugar la Recopa el año próximo.

—Eso es mucho aventurar, hasta este momento han conseguido eliminar y de una forma sorprendente a equipos bastante cualificados, pero de eso a pretender que lleguen, a llevarse el título...

—¿Los has visto jugar?

—No, creo que no —dijo Marcelo que no entendía adónde quería ir a parar su amigo Rimaldi.

—Pues eso es lo que les ha pasado a los demás entrenadores de primera, y muchos de ellos, tras la derrota, se arrepienten de no haberlo hecho.

—No sabía que tu afición por el baloncesto fuese tan grande.

—Lo es y mucho más a partir de ahora, me interesa mucho que ese equipo nos represente en la copa de Europa de campeones de copa.

—¿Y si no ganan? —inquirió divertido ante el tono que estaba tomando la conversación.

—Ganaran, tienen que hacerlo, es algo muy importante y hay formas...

—¿No pretenderás qué...? —no pudo terminar la pregunta, ya que el rostro de Tonino reflejaba como un libro abierto lo que quería decir.

Marcelo Moroto comenzaba a comprender todos los desvelos de su amigo por sacarlo del atolladero que alguien había preparado para él. Llegó a pensar si no había sido una pantomima organizada por Rimaldi para tenerlo en sus manos. No estaba seguro, pero tampoco desechaba la posibilidad; con aquel tipo de gente todo era posible.

—¿Una copa de champaña? —preguntó mientras se la servía—. Es un gran día para ti, y hay que celebrarlo como se merece.

Estuvo a punto de escupirle a la cara diciéndole que él no estaba en venta ni lo estada jamás, pero se contuvo. No le iba a servir de nada, estaba atrapado y debía obedecer si pretendía seguir viviendo; claro que ignoraba si la idea le seducía mucho.

Al final alzó la copa de champaña, era lo mejor que podía hacer.

—Eso está mucho mejor. Brindo por el mejor entrenador de baloncesto del mundo.

—Eso es mucho más de lo que merezco.

—Te aseguro que acostumbro saber a la perfección lo que me hago y no me equivoco casi nunca.

Aquel casi fue dicho en un tono que era peor que una amenaza de muerte.

Cuando salió de allí tenía la sensación de que iba a colaborar en algo monstruoso, aunque no llegase a saberlo nunca, y convino que lo mejor era mantenerse ignorante. Eso al menos le ahorraría muchos dolores de cabeza.

Se encaminó hacia casa de Loretta. Hacía un par de meses que no la veía y en aquellos momentos podía ser una buena solución al hastío que sentía dentro de su ser.

Llamó al timbre de la puerta y salió la propia Loretta enfundada en una bata semitransparente. Siempre le había gustado ir provocativa y, aunque ya no era una niña de veinte años, estaba todavía muy apetecible a pesar de haber cumplido los cuarenta.

—¡Hombre, pero mira quién es! Creía que te habías muerto.

—¿Puedo pasar? —preguntó cabizbajo.

—¡Vaya pregunta! Si estuviese en mi sano juicio debería pegarte una patada y enviarte con los cerdos que es el lugar que te corresponde, pero como estoy tan loca como tú no voy a hacerlo, lo que quiere decir que adelante.

—¡Gracias! —dijo mientras ella se hacía a un lado para permitirle la entrada.

—¿Querrás beber algo? No sé para qué hago una pregunta tan infantil —dijo la mujer encaminándose hacia la cocina, moviendo descaradamente sus caderas de una forma provocativa; todavía tenía atractivo y lo sabía. Al cabo de unos momentos apareció con una botella de *whisky* y bastante hielo en una cubitera.

—Los vasos ya sabes dónde están, no los he cambiado de sitio.

El asintió y se levantó dirigiéndose al lugar justo. Abrió el viejo armario de caoba y sacó dos vasos. Los miró al trasluz.

—¿Tienen polvo? Como siempre, cargado de manías; trae, que los enjuagaré, no quiero que luego vayas diciendo por ahí que soy una guarra.

—Yo nunca he dicho eso de ti Loretta y lo sabes bien, no sé a qué viene tanta mala idea.

—Vienes la mar de fino, yo te aseguro que hubiese empleado otra expresión bastante malsonante pero mucho más gráfica.

Cuando ella pasó de nuevo por su lado no pudo reprimir el impulso de darle un azote en las nalgas.

—Propiedad privada, caballero —dijo ella mientras seguía, sin dejar de reír, su camino hacia la cocina.

Salió con los vasos limpios y escanció *whisky* en ellos.

—A tu salud, mal nacido —dijo levantando la copa. El hizo lo propio sin abrir los labios.

—¿Vas a quedarte mucho rato? —le preguntó ladeando su cuerpo de una forma provocativa.

—El suficiente —respondió él quitándose la chaqueta.

—Eso puede ser más de lo que piensas, y no veo que estés ya para muchos trotes.

—Eso es algo que puedo demostrarte en cualquier momento.

—Ahora, por ejemplo —dijo mientras se quitaba la poca ropa que llevaba encima.

Y se lo demostró.

Cuando salió de casa de Loretta no se encontraba mucho mejor que en el momento de su llegada, si acaso bastante más cansado, pero eso era natural.

Entró en el bar de al lado de su casa. Tenía ganas de emborracharse y la verdad es que ignoraba el motivo. En unos pocos días había pasado de ser un hombre honrado a no serlo y viceversa, y ahora creía que no lo era tanto. Lo único cierto es que su empanada mental no iba a salir demasiado beneficiada con una buena ración de *whisky*; mas le tenía sin cuidado.

—¡Whisky! —exclamó al entrar, como único saludo.

—Buenas noches, señor Moroto —respondió el camarero que le conocía desde hacía varios años.

Él se quedó callado esperando la botella y el vaso que iban a ser su salvación. ¿Hasta cuándo? No había respuesta.

Al subir la escalera con dificultad se encontraba en el paraíso.

Por la mañana la cabeza le dolería con fuerza.

CAPÍTULO III

Parecía imposible, pero era cierto, el Sarco se había clasificado para las semifinales. Ya se comenzaba a especular con la final, que ese año debía celebrarse en el propio Milán, lo que tenía a la ciudad revolucionada con su modesto y hasta entonces desconocido equipo de segunda división, que no había podido conseguir el ascenso a primera, debido a lo largo de la Liga y a lo corto de su plantilla, pero en el torneo del *K.O.,* esta había respondido dando el máximo rendimiento.

En la modesta pista del Sarco los entrenamientos se hacían más duros a medida que se acercaba el día del encuentro, contra el equipo de Florencia que, por supuesto, era el favorito de todos los periodistas deportivos, claro que desde que había comenzado la Copa no habían acertado ni una sola vez.

—Esta vez es seguro —decía Ludovico Serno a su compañero de la radio.

—El público no está en principio de acuerdo con esas predicciones.

—Mi querido amigo, el público Siempre está a favor del más débil, lo que no deja de ser algo que le honra, pero ahí no pasa, y por esto no quiero desmerecer la magnífica campaña que ha realizado el Sarco, pues ahí está, nada menos que en todas unas semifinales.

—¿No les das ni una sola oportunidad? —preguntó el locutor.

—No, y te aseguro que lo siento, pero hay que rendirse a la evidencia y esta nos dice...

Julio Dibari cerró el aparato de radio indignado, aquellas manifestaciones le habían sacado de quicio.

—Ese estúpido periodista siempre dice lo mismo y nosotros no obstante seguimos adelante —dijo en voz alta, hablando solo.

Julio Dibari era el presidente en funciones del modesto equipo de segunda división.

Él era un enamorado del deporte de la canasta y en sus buenos tiempos lo había practicado con bastante éxito.

Ese era el ambiente que se respiraba en torno al equipo del Sarco.

Los jugadores estaban bajo la ducha después de la paliza que habían recibido en la pista. La moral de todos ellos era muy alta y ya se veían con un pie en la gran final, aunque reconocían la extraordinaria calidad del rival que tendrían que superar en semifinales. Claro que eran los otros los que tenían más que perder y eso les podía traicionar, cosa que ellos estaban dispuestos a aprovechar. Si seguían jugando como hasta la fecha, existía

una oportunidad para ellos.

—No me gusta demasiado que se hable tanto del partido —dijo Marzon que era un buen alero, pero un pájaro de mal agüero.

—Siempre estás igual; gafe, más que gafe. Si de ti dependiera ya estaríamos eliminados —le respondió Tony Bianchi, que por el contrario era todo optimismo.

—Bueno, chicos, daos prisa, que después de comer tenemos táctica.

La voz de la conciencia del equipo acababa de hablar: Andrés Cecoto.

—Ya lo sabemos, padre —dijo Carlo, que así llamaba al buenazo de Andrés.

Comieron juntos, tal y como venían haciendo los últimos días; era como una especie de concentración sin llegar a serlo, ya que a pesar de la voluntad de su presidente y de todos los miembros de la junta, el equipo era más bien pobre.

—¿Qué te ocurre, Giorgio? —le preguntó Marzori que estaba sentado a su lado.

Desde que regresaron de Roma el base del equipo no parecía el mismo de siempre. Se había vuelto mucho más reservado de lo habitual, y aunque había quien lo achacaba a la responsabilidad de los próximos encuentros, sus compañeros sabían que no.

—Nada —le respondió Giorgio de una forma ficticia que no le pasó desapercibida a su compañero de equipo.

—No lo digas si no quieres, pero algo te pasa, de eso estoy seguro.

—¿Desde cuándo eres tan buen sicólogo?

—Hace ya muchas años, creo que desde que me destetaron.

—Bueno, chicos, basta de charla y vamos para allá que nuestro docto entrenador nos está esperando con los brazos abiertos para pegarnos el rollo —dijo Bianchi.

Se levantaron y fueron al encuentro del viejo y paciente entrenador.

Giorgio se daba cuenta de que su estado mental no era el mismo, y sabía que Marzori tenía razón, aunque no estaba dispuesto a reconocerlo.

—Es importante sujetar a Hollis, que es su techo y rebota muy bien —les decía el entrenador—. Recordad que nuestra única arma sigue siendo el contraataque, pero si no pescamos rebotes eso es imposible.

—Yo me encargaré de él —dijo Carlo, que estaba radiante los últimos días.

—No —le atajó el entrenador—, prefiero que estés libre, es una forma de sorprenderles, ellos esperarán precisamente eso, y ahí confío ganarles la partida. Marzori le presionara por todo el campo. Sé que es una labor agotadora y poco lucida, pero espero que dé el resultado apetecido.

Discutieron algunos puntos de vista, eso era normal en el equipo ya que se trataba de un grupo de amigos, de ahí el gran resultado que estaban

teniendo.

Salieron de allí después de dos horas de discusiones. Todo parecía estar lo suficientemente claro como para que no quedase ninguna duda. Luego en la pista ya surgirían los inconvenientes, que deberían solucionar de la mejor forma posible.

Giorgio se fue con Tony Bianchi, ya que ambos vivían en casas cercanas.

—¿Qué opinas de la táctica? —le preguntó Tony.

—Me parece bien —respondió Giorgio, que seguía ausente.

—¿Te has enterado de algo, Giorgio?

—Claro, lo que pasa es que hay puntos que no podrán verse hasta que estemos jugando. Tienen un gran equipo y sus jugadores son veteranos, lo que les hace expertos en tretas y demás.

—Se diría que sales derrotado de antemano —dijo Tony con visible tristeza, ya que el juego del equipo dependía mucho de su director de orquesta en el campo, y este no era otro que Giorgio Ludio.

—¿Me has visto alguna vez tirar un partido?

—No, y no te enfades, lo que ocurre es que estamos un poco nerviosos por la responsabilidad que nos ha caído encima.

—No te preocupes, piensa que los otros tienen más que perder que nosotros. Al fin y al cabo hemos hecho más de lo que se esperaba y eso debería relajarnos.

—Sabes que eso es una solemne tontería. Yo no sé lo que tienes, pero me preocupas.

—Mejor preocúpate de jugar bien el domingo y olvídate de mí.

Había, sido muy tajante con su amigo y en el fondo se lo recriminaba. Tal vez sí que él también estuviese nervioso por el partido.

—Hasta mañana —se despidió Tony, y Giorgio te dijo adiós con la mano. No tenía ganas de meterse en casa tan pronto. Decidió que un paseo por el parque le sentaría muy bien y así lo hizo.

No se dio cuenta hasta que los tuvo encima Eran tres y llevaban sendas navajas.

—Quieto, amiguito, y sin hacer bromas —le dijo uno de los tres.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó de una forma inocente Giorgio, pues se veían muy claras las intenciones de los tres golfos.

—Me parece que nuestro amigo se las quiere dar de listo y hemos rajado a varios por menos de esto —dijo el que parecía llevar la voz cantante.

—Ni me las quiero dar de listo ni lo soy, y me parece que si estuvieras solo no hablarías como lo haces.

—¿Habéis oído? El chico tiene ganas de suicidarse.

Los otros dos se pusieron a reír como unos estúpidos. Giorgio pensó

que aquello se estaba poniendo feo para él. Hubiese sido mejor dejarse atracar y mantener la boca cerrada. Estaban los tres drogados, no había duda, y dispuestos a matarle como diversión, se lo notaba en los ojos. Solo sus reflejos podían salvarle y aun así dudó que saliese con bien del atolladero.

—Está muerto de miedo —dijo uno de ellos—, ¿a qué esperamos?

—Tal vez a mí —dijo una voz varonil que pertenecía a un alto y fuerte ejemplar que se plantó al lado de Giorgio sin que nadie supiese de dónde había salido—. Ahora —dijo y se lanzó sobre uno de los navajeros. Giorgio como un resorte hizo lo propio.

En menos de lo que se tarda en contar dos de ellos quedaron tendidos en el suelo inconscientes y el tercero se dio a la fuga a la vista de cómo se habían desarrollado las cosas.

—¡Cobarde! —exclamó Giorgio indignado con lo que había sucedido.

—Déjalo, no merece la pena, lo importante es que no ha pasado nada; en mi tierra también hay tipejos así.

—¿De dónde eres? —quiso saber Giorgio.

—De Dallas. Me llamo Mike Harrison y estoy en viaje de luna de miel.

—Pues me alegro de conocerte Mike, yo soy Giorgio Ludio y juego a baloncesto.

—Me encanta el deporte de la canasta.

—Sería estupendo que vinieses a ver el partido de semifinal.

—¿Tú eres de ese equipo de segunda?

—Del mismo.

—Caray, qué casualidad.

Había sido una feliz casualidad.

CAPÍTULO IV

—Date prisa, vamos a llegar tarde al partido y se lo prometimos a Giorgio —le dijo Mike Harrison a su encantadora esposa Sofía.

—Enseguida estoy. Tómate una copa mientras tanto, no parece si no que tuvieras que jugar tú el partida.

—No es eso, mujer, pero una promesa es una promesa —dijo Mike que había trabado una gran amistad con Giorgio desde el día que se habían encontrado por casualidad en el parque. Sofía empezaba a tener celos, claro que no en serio, lo que hubiese sido una solemne tontería.

—Ya estoy —dijo ella saliendo del cuarto de baño convertida en una auténtica rosa.

—Confieso que valía la pena esperar —se acertó a ella con intenciones libidinosas.

—Ahora no, cariño —se separó dulcemente—, vamos a llegar tarde y eso sería una catástrofe.

—¡Al diablo el partido!

—El partido tal vez, pero está la amistad —aquello fue un verdadero revulsivo.

—Como siempre, tienes razón. Vamos —y salieron cogidos del brazo como lo que eran: un par de enamorados.

Cuando llegaron el partido hacía unos minutos que había comenzado, el marcador señalaba diez a ocho a favor del equipo de Roma. No podía pedirse más emoción.

—¿Cuáles son los nuestros? —preguntó Sofía.

—¿Ves a Giorgio? —le señaló al jugador, ella asintió—, pues esos son.

—¡Caray! me parece que no va muy bien la cosa —dijo Sofía al ver que el pivot del equipo contrario conseguía otra canasta y se adelantaba en cuatro puntos.

—Espera, están empezando, ya verás en cuanto calienten motores — dijo Mike que esperaba ver ganar al equipo de su amigo.

Al fin Carlo ganó el primer rebote defensivo y lanzó al lugar en que siempre estaba Giorgio, pero esta vez no fue así y el balón se perdió siendo recuperado por los rivales.

—¿Qué le pasa a ese muchacho? —se preguntaba a voz en grito el entrenador del Sarco.

La verdad es que Giorgio no estaba dando una a derechas y eso lo estaba sufriendo todo el equipo, no solo en el contraataque sino en los avances normales, ya que él era el base y organizador del juego y desde que

había comenzado el encuentro no organizaba nada, navegaba por la pista como si lo que allí estaba sucediendo no fuera con él.

El entrenador pidió un tiempo muerto cuando el equipo de Roma se iba en el marcador con un treinta a quince muy peligroso. Los cinco jugadores más los suplentes rodearon a su míster.

—¿Qué demonios te pasa, Giorgio? —le preguntó.

—No lo sé —respondió este bajando la cabeza.

Terminó el minuto y volvieron a la pista los mismos que la habían abandonado al solicitar el tiempo muerto.

Giorgio seguía ausente y los jugadores contrarios, que eran hombres experimentados, se cebaron en él propiciando innumerables errores en el equipo de Sarco. El entrenador se vio obligado a sentar a Giorgio cuando el marcador señalaba un rotundo y alarmante cuarenta a veinte.

Giorgio no volvió a la cancha en todo el resto del primer tiempo. Se marcharon a los vestuarios con un humillante sesenta treinta y cinco, que parecía dejarlo todo visto para sentencia.

Mike estaba muy nervioso.

—Algo le pasa a ese muchacho —le dijo a Sofía—, todo el mundo decía que era el alma del equipo.

—Pues no se le ha visto por ninguna parte.

—Voy al vestuario, tú espérame aquí —dijo Mike y se fue hacia el vestuario. No querían dejarlo pasar y tuvo que conformarse con ver a Giorgio cuando se encaminaba cabizbajo entre sus compañeros, de nuevo a la pista.

—¡Animo, muchacho! estamos contigo —gritó Mike entre un grupo de gente que no hacía más que recriminarle a Giorgio su nefasta actuación.

Levantó la cabeza y pudo ver la cara amiga del americano. Fue como si un estilete se clavase en sus entrañas. Él era un jugador de baloncesto, porque amaba ese deporte más que cualquier otra cosa en el mundo. No podía permitir que su estado de ánimo influyera en su rendimiento. No estaba dispuesto a tolerarlo. Su amigo americano estaba con él infundiéndole ánimos, no podía defraudarle. Ni al resto del público tampoco.

Sintió de nuevo la sangre bullir por sus heladas venas. Se acercó a su entrenador y le dijo:

—Quiero salir —sus compañeros le miraron extrañados.

—¿Estás seguro? —le preguntó el viejo técnico.

—¡Por favor! —suplicó Giorgio.

Y el míster aceptó.

El encuentro comenzó en su segunda parte. Mike se reunió con su esposa.

—Vuelve a salir —le dijo ella.

—Estoy seguro que esta segunda parte será distinta —dijo Mike que tenía una fe ciega en su amigo.

Lanzaron a canasta los de Roma y fallaron, Carlo se hizo con el rebote y lanzó largo una vez más, pero esta vez el balón fue aprovechado por Giorgio que consiguió su primera canasta. Sacaron de fondo los jugadores contrarios y Giorgio les robó el balón sirviéndoselo en bandeja de plata a Marzori, para que este machacara dos puntos más. Los jugadores del equipo romano no sabían lo que estaba sucediendo, el resultado amplio del primer tiempo les había hecho confiar en exceso y ahora se veían incapaces de aguantar la avalancha que se les venía encima. El Sarco volvía a funcionar a la perfección en todos sus engranajes, pero es que además Giorgio estaba jugando por encima de sus ya de por sí portentosas facultades.

Habían transcurrido diez minutos de juego efectivo y el marcador estaba setenta y cinco a setenta y ocho aún a favor del equipo foráneo, pero la remontada había sido tan sensacional como increíble.

—¿Qué me dices ahora? —le preguntó Mike a Sofía.

—Es algo que cuesta creer. Tenías razón. Es un fuera de serie.

—Es muy difícil que lo paren.

Y aunque el entrenador rival lo intentó todo, no pudo evitar que el Sarco ganase el partido con cien a ochenta y cinco. Habían remontado treinta y cinco puntos en contra y aún les habían cogido quince, era algo que no recordaban ni los más antiguos del lugar. Un partido así era muy difícil, por no decir imposible, que pudiera verse otra vez. Los jugadores del equipo de Roma ni se lo podían creer. Bueno, la realidad es que nadie podía creérselo.

—¡Felicidades, muchacho! —exclamó Mike alborozado, entrando en el vestuario de los vencedores. Se abrazaron con efusión.

—Gracias, Mike, jamás podré pagarte tus gritos de ánimo en el descanso; sin ti hoy no habría dado una a derechas.

—Estabas dormido tan solo. Necesitabas una voz que te hiciera despertar. La responsabilidad agarrota los músculos y las ideas.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Giorgio. Estaba emocionado de verdad ante aquella demostración de amistad.

—A Sofía y a mí nos gustaría que cenaras con nosotros, aunque después de este triunfo comprenderé si no aceptas.

—Sera un placer, ¿os paso a recoger por el hotel?

—De acuerdo.

Ya no pudieron hablar más, una nube de periodistas se llevó a Giorgio en volandas. Era la noticia del día. Un servilismo que debía pagar junto con sus compañeros.

CAPÍTULO V

Julio Dibari estaba sorprendido por la visita que acababa de recibir: se trataba ni más ni menos que del gerente de la Piovelo, S.A., una de las compañías de más sólido prestigio de Milán.

—Y nos interesa dar apoye al equipo para conseguir que no se disuelva y llevarlo a primera categoría la próxima temporada.

—La verdad es que no sé qué responder, me pilla usted tan de sopetón —dijo el presidente en funciones.

—Diga que sí y ya está, es mucho más sencillo de lo que parece.

La realidad era que no había forma humana de rechazar una oferta de aquel fuste. Parecía llovida del cielo. Una empresa como aquella tal vez debería haberse dirigido a cualquier club de primera, sin embargo no lo había hecho así. Desde luego tenía que reconocer que las últimas hazañas del equipo habían movido mucho papel impreso.

—Le dejo dos días para que se lo piense, mientras, nuestros abogados irán redactando los documentos pertinentes.

—De acuerdo —dijo el presidente y acompañó al gerente de la Piovelo hasta la puerta.

Todo aquello le había cogido por sorpresa y la realidad era que no había estado demasiado brillante. De todas formas el hecho se acababa de producir y cualquier lamentación era inútil, por lo que decidió reunir a los pocos componentes de la junta directiva que quedaban al pie del cañón y decidir con ellos la pastura adecuada, claro que era evidente que solo podía ser una: aceptar.

—Yo creo que no debemos pensarlo mucho, la postura es de una claridad meridiana, aunque habría que consultarlo en asamblea con todos los socios. Pero no tenemos tiempo material para ello.

—Una colaboración de este tipo no es necesario discutirla en asamblea —replicó a las palabras del presidente, uno de los vocales.

—Según los estatutos puede ser, pero tenemos que recordar que nuestra situación en el club es provisional, con todo lo que ello conlleva.

—Mi estimado Dibari, el Sarco desde su fundación ha vivido casi siempre en estado provisional, eso lo sabemos todos. Nadie ha querido hacerse cargo de un club sin posibilidades de subsistencia. Ahora, y debido al esfuerzo de unos pocos, una gran empresa nos ofrece su apoyo económico. Creo que resulta absurdo discutir sobre ello. La respuesta nuestra solo puede ser una y esta es: sí.

Siguieron hablando durante dos horas sobre el asunto y al final

decidieron aceptar el contrato que les ofrecían, lo que les iba a permitir mantener la calidad del equipo y hasta potenciarlo de cara a la próxima temporada. Si conseguían llegar a la final, todo podía suceder a partir de aquel momento.

Julio Dibari comunicó al gerente de la Piovelo, S.A., la resolución que había tomado la junta directiva. Este, al que se le notaba por el tono de voz satisfecho, le citó para la mañana siguiente en su despacho.

Al llegar a su casa varios periodistas le estaban esperando, la noticia se había extendido como la pólvora.

Julio Dibari no tenía ganas de hablar con ellos, pero al final comprendió que no tenía más remedio y accedió a desgana.

La noticia se había extendido por Milán al día siguiente. La firma del documento fue rodeada de informadores. El Sarco pasó a ser de la noche a la mañana el equipo de moda en Italia. Un caso insólito en la historia del deporte de la canasta.

* * *

—Ya tienes equipo —le dijo Tonino Rimaldi a un cada vez más sorprendido Marcelo Moroto.

—Sí, eso veo, aunque no sé cómo lo has conseguido.

—De esas formalidades no tienes que preocuparte, son cosa mía. Lo tuyo es preparar a los chicos, en cuanto ganen el campeonato te los llevas de gira a Estados Unidos, ya lo tengo todo preparado, será como un premio para ellos y te servirá para conocerlos mejor. El equipo se tiene que potenciar.

—Eso significa americano, ¿no?

—Desde luego, todo lo que haga falta.

—Me tranquiliza saberlo —dijo Marcelo que había decidido no preguntarse nada en absoluto.

Era mejor seguir los acontecimientos tal y como se iban presentando. Lo demás era una pérdida de tiempo innecesaria. Él era preparador y no sabía hacer otra cosa, le habían conseguido equipo con patrocinador fuerte. ¿Qué más podía pedir?

Y como era lógico no pidió nada más.

—Es posible que pierdan el campeonato. Pueden caer en cualquier partido de los que quedan.

—Pero no lo harán —dijo Tonino, que asustaba con tanta seguridad.

Marcelo había estado presenciando el partido de ida en la pista del Sarco y había salido de allí muy impresionado por el segundo tiempo del mismo, pero dudaba de que pudieran repetir aquello dos veces.

Reconocía que quince puntos eran buena renta, pero no la creía suficiente dada la diferencia, sobre todo de experiencia, que había entre los

dos equipos. Además el Sarco no tenía un banco con garantías.

No le dijo nada de todo aquello a Rimaldi, pensó que sería inútil; si él estaba convencido de que las cosas eran de otra manera, era su problema.

Se fue caminando a su casa; ya se había dado la noticia de su contratación como entrenador. Se imaginó que aquello no habría sentado bien al viejo preparador del equipo. Pensó que lo mejor que podía hacer era quedárselo como segundo. Sí, eso es lo que haría.

El cielo se estaba cubriendo con unas nubes negras que amenazaban lluvia.

—Espero que al menos me dejen llegar a casa —dijo en voz alta, pero las nubes no parecieron oírle.

Llegó empapado.

CAPÍTULO VI

Brindemos por el éxito —dijo Mike levantando la copa de champaña.

—Por vosotros, que sois unos grandes amigos —correspondió Giorgio que estaba satisfecho de encontrarse en compañía de Mike y Sofía. La verdad es que sentía un poco de envidia al ver la felicidad de la pareja.

—He estado hablando con Sofía y vamos a seguiros en el partido de vuelta y por supuesto estaremos presentes en la gran final, luego nos iremos a Dallas, no me queda más remedio que seguir trabajando y ahora más, claro está —dijo Mike al que se le veía radiante, no había duda de que respiraba felicidad por todo su enjuto cuerpo.

—Me parece que Sofía me va a maldecir mientras viva.

—No digas eso —protestó Sofía—, estoy encantada con el plan, será una forma de prolongar la luna de miel y eso ya es importante para mí, además me empieza a gustar el baloncesto.

—Pues no sabes cuánto me alegro —dijo Giorgio complacido.

—Es un deporte muy espectacular —terció Mike—, en mi país los jugadores ganan bonitas sumas. Tú podrías jugar en la liga profesional.

—Eres muy amable, Mike, pero no creo poseer la calidad suficiente para hacerlo. América es como La Meca para todos nosotros.

—Eso es de una modestia que no me gusta, te advierto que yo en mi país he visto infinidad de partidos, no te creas que soy un profano en la materia.

—Perdona, no quería herir tu susceptibilidad.

—Mi marido es muy entendido, ya lo has oído, Giorgio, lo que equivale a decir que no le puedes llevar la contraria y yo sobre eso podría contarte y no acabar.

—¿Qué insinúas? —preguntó Mike medio mosqueado.

—Ya me has entendido —le dijo ella y bebió un sorbo de champaña.

La velada transcurrió de lo más animado. Bebieron un poco más de la cuenta, cosa que a Giorgio le soltó la lengua en exceso y terminó hablando de su soledad y de sus múltiples aspiraciones. Cosas del champaña que decía Sofía, cuyos ojos brillaban un poco más que de costumbre.

No había duda de que al día siguiente amanecerían los tres con resaca y eso no era bueno tras un partido.

Se quedó a dormir en el hotel, ya que no estaba en condiciones de volver a casa.

Al despertar, Giorgio creía estar en una noria, pero pronto pudo percatarse de su error, no era una noria, se trataba simplemente de su

cabeza que giraba o hacía girar los elementos de la habitación. No estaba muy seguro.

Se metió bajo la ducha y el agua fue despertando su cuerpo poco a poco. Se prometió no volver a celebrar una victoria como lo había hecho aquella vez, aunque sabía que eso era muy difícil de cumplir.

Bajó al bar del hotel y desayunó. Mike y Sofía debían seguir durmiendo. Les dejó una nota en conserjería y salió de allí con destino al campo. No recordaba si tenían entreno.

Estaban todos allí con bastante mejor aspecto que él. Se disculpó por el retraso y se sentó al lado de sus compañeros.

—No hace falta que digas nada —le comentó en voz baja Carlo.

—No es lo que tú crees.

—Te aseguro que hace mucho tiempo que no creo nada, pero como veo que estás en la inopia, debo decirte que estamos aquí esperando al mandamás.

—Eso no es extraño.

—Hay mucho ceremonial preparado y eso no es tan corriente en esta casa.

Giorgio tuvo que reconocer que Carlo tenía razón. Esperaron allí sentados durante una media hora, hasta que apareció Julio Dibari.

La expectación había subido entre los jugadores y el técnico a medida que la espera se había alargado. Ahora Dibari les sacaría de dudas o al menos así lo esperaban.

—Sé que estáis extrañados por la convocatoria que se os ha hecho, y mucho más porque vaya a dirigiros la palabra, cuando en el terreno deportivo ya tuve ocasión de hacerlo después del partido, que por otra parte ha causado gran estruendo en el pequeño mundo de nuestro deporte, pero quiero hablaros de una oferta que nos han hecho una fuerte compañía para subvencionar nuestro club, oferta que tras estudiarla he decidido con el respaldo de la junta aceptar. Esto para vosotros es un paso importante y quiero que lo veáis así, ya que el Sarco dejará de ser un club de segunda fila con cientos de problemas económicos, que nos han impedido aspirar a más altas cotas hasta la fecha. Hoy es un día histórico que será recordado siempre en la vida de la entidad.

El discurso comenzó a tomarse paternalista. Los jugadores aguantaron estoicamente hasta el fin, aunque de buena gana se hubieran levantado y echado a correr.

* * *

La noticia había saltado ya a los medios informativos y los jugadores se encontraban sorprendidos.

Los días que siguieron, o mejor dicho las horas, fueron pródigas en

rumores y bulos de toda índole, lo que no resultaba demasiado beneficioso para preparar el partido de vuelta con el equipo de Roma. No había que olvidar que quince puntos podía ser una exigua renta.

—A mí todo esto me tiene mareado —dijo Marzori.

—Pues yo creo que es una ventaja para nosotros, si hay dinero no hará falta cambiar de club.

—Pero si quieren hacer un equipo grande ficharán extranjeros y eso todos sabemos adónde conduce.

—A que esto no será nunca más el club de amigos que ha sido hasta este momento —terminó Giorgio.

Había opiniones para todos los gustos y cuando los presentaron al nuevo entrenador, Marcelo Moroto, la desconfianza se había apoderado del equipo. Lo mejor hubiese sido retrasar la presentación de Marcelo, pero la prensa, como siempre, se había encargado de difundir la noticia y ante el hecho consumado se creía mejor la medida tomada.

Marcelo Moroto anunció que seguiría contando con el viejo entrenador si este aceptaba, cosa que el viejo hizo, en parte presionado por sus pupilos, que encajaron muy mal el cambio de entrenador. Ni tan siquiera el pensar en la compensación económica, que no era pequeña, les hacía ver las cosas de color de rosa.

Giorgio en nombre de sus compañeros fue comisionado para hablar con el nuevo entrenador.

Este lo recibió en el vestuario.

—¿Querías hablar conmigo? —le preguntó.

—Sí, pero vengo a hacerlo en nombre de todos.

—Eso ya me lo temía yo —dijo Marcelo, lo que dejó un poco desconcertado al base del equipo—. Sí, no me mires así, yo no quería que la noticia se difundiese hasta que hubieseis terminado la competición, pero las cosas han venido así y hay que aceptarlas. Yo soy un profesional de esto y no tengo más remedio que hacer mí trabajo. Espero poder contar con vuestra ayuda y que todo siga igual.

—Nunca podrá ser igual —dijo Giorgio.

—Eso ya lo sé, pues como sabrás cada maestrillo tiene su librillo, pero se me ha llamado para que haga un equipo grande y estoy dispuesto a lograrlo.

—¿Jugando sucio? —le preguntó Giorgio tocando donde más daño podía hacerle.

—Veo que no te andas por las ramas. Bien, creo que quedó demostrado que yo no tuve nada que ver y por si te sirve de algo puedo asegurarte que eso fue lo único que ocurrió. Alguien quiso quitarme de en medio, más no lo consiguieron y por eso estoy aquí dispuesto a trabajar como si fuese mi comienzo. Espero poder contar contigo pese a tus recelos.

Estuvieron charlando casi dos horas.

CAPÍTULO VII

Mike Harrison y su esposa Sofía estaban sentados en la pista del equipo de Roma, rival del Sarco, dispuestos a ver el partido de vuelta de aquella emocionante semifinal.

El ambiente era de una tensión increíble. Los grádenos rugían de una forma sobrecogedora.

Había quien discutía con ferocidad.

—Está muy cargado el ambiente —dijo Sofía.

—Sí, y me temo que van a sufrir mucho para sacar el partido adelante, este ambiente es como para acoquinar a cualquiera.

—Sabrán sobreponerse, ya lo verás.

—Mira, ahí están.

Y así era, los equipos acababan de saltar a la cancha y el griterío se volvió infernal. Los hinchas comenzaron a entonar cánticos. Era un hervidero, pero la sangre aún no había llegado al río.

Los jugadores de uno y otro equipo parecían sumamente nerviosos, y el ambiente contribuía poderosamente a ello.

En el palco presidencial, junto a los directivos del equipo de casa se encontraban Julio Dibari, presidente del Sarco, y Roberto Solo, gerente de la Piovelo, S.A.

—Espero que después del partido no se arrepienta de haber firmado el contrato —dijo Dibari.

—¡Por favor! señor Dibari, le aseguro que somos una empresa seria que medita muy bien sus decisiones antes de tomarlas, lo que hace que no nos volvamos nunca a desdecir de nuestros acuerdos y sean capaces de sobreponerse a la tensión ambiental, que por otra parte es muy fuerte como corresponde a un partido de esta categoría.

—Estoy seguro de que dejarán la piel en la cancha y disculpe mi alusión, no era mi intención molestarle.

—Bueno, eso no tiene la más mínima importancia. Parece que ya van a empezar.

Y así era: Carlo Roldán iba a saltar con el pivot americano del equipo rival.

Primer balón para Giorgio. Organiza el ataque de su conjunto. Pase preciso y precioso a Tony y este lanza a canasta consiguiendo los dos primeros puntos para el Sarco.

—Empezamos bien —dijo Julio Dibari sin poder reprimir su satisfacción.

El partido en sus momentos iníciales era un toma y daca constante. Los jugadores de casa comenzaban a enseñar los dientes y empleaban una excesiva dureza, que estaba siendo tolerada por los árbitros.

Giorgio estaba siendo sometido a un marcaje a toda presión, que no le dejaba ni respirar. Él estaba luchando con valentía y decisión para salirse del mismo, pero la dureza, que se acercaba a la violencia por momentos, hacía que la balanza se decantase para el equipo de casa que tomó su primera ventaja al quedar el Sarco disminuido en su poder de organización, ya que este estaba en su base Giorgio y el pobre bastante tenía con poder soportar las brutales entradas a las que era sometido sin que los árbitros sancionasen con las correspondientes personales a los agresores, antes al contrario, ya que Giorgio ya le habían pitado dos de una forma incomprensible.

—No me gusta lo que están haciendo los colegiados —dijo Mike a su esposa, que también se estaba comiendo las uñas nerviosa por lo que estaba viendo con sus propios ojos.

—Pobre Giorgio, le están dando más que a una estera.

Y así era, no había forma. El técnico y los jugadores del equipo local se habían aprendido muy bien la lección del partido de ida y estaban placando al cerebro del equipo contrario, este ya llevaba diez puntos de ventaja a los ocho minutos de la primera parte. Aquello se ponía cada vez más feo.

Desde el banco Marcelo Moroto pidió tiempo muerto, a su lado estaba su segundo, el viejo entrenador. Entre los dos intentaban encontrar soluciones que fueran efectivas para paliar lo que prometía convertirse en una debacle.

—Tenéis que retener el balón hasta el límite y evitar el choque.

—No van a jugar, sino a matar —dijo Giorgio, definiendo muy bien lo que estaba sucediendo.

—Giorgio, te voy a sentar un rato en el banco, eso les dejara sin blanco efectivo, y recordad: apurar la posesión de balón hasta el límite y procurad asegurar los tantos.

Giorgio, que ya tenía tres personales en su haber, se quedó en el banquillo. La medida parecía suicida, pero en la práctica resultó menos mala de lo previsto, puesto que los jugadores contrarios, al perder al hombre que tenían que ahogar, vacilaron durante unos minutos, que fueron suficientes para que el partido siguiese con solo diez puntos de ventaja a favor de los locales, lo que daba aún ventaja al Sarco en el cómputo de la eliminatoria.

Con esa desventaja concluyó el primer tiempo.

Durante la segunda parte se produjo una verdadera batalla campal que hizo preciso suspender el partido a diez minutos del final, cuando el marcador señalaba un sesenta a cuarenta y cinco, lo que igualaba la

eliminatoria.

La fuerza pública tuvo que intervenir y aun así las agresiones provocaron gran cantidad de heridos.

Nadie sabía a ciencia cierta cómo había comenzado todo, claro que el ambiente era ya infernal y cualquier pequeño incidente pudo ser el detonante que hizo saltar la chispa.

Los jugadores de ambos equipos salieron seriamente contusionados, en especial los del Sarco de Milán.

Ahora le tocaba decidir al comité disciplinario de la federación. En la otra semifinal había vencido con holgura el Ignis; lo que en aquellos momentos se ignoraba era cuál iba a ser su rival, en aquella apasionante final que debía celebrarse en Milán.

Toda la prensa se hizo eco del bochornoso espectáculo que se había producido en la pista. Se decantaban hacia uno u otro bando con mayor o menor dureza según los colores más próximos, aunque intentaban disimular sus posturas con un cierto objetivismo que distaban mucho en poseer, algunos de los que escribían con exceso de pasión.

Giorgio tenía el labio partido a consecuencia de un fuerte puñetazo que recibió sin saber de dónde venía. Hasta el propio Mike Harrison había terminado pegando mamporros para proteger a su joven y encantadora esposa.

Todos esperaban expectantes la decisión del comité de disciplina.

Llevaba cerca de dos horas reunido y no habían conseguido que se filtrase ninguna información.

La mayoría de la prensa se inclinaba por una decisión que hiciese jugar los últimos minutos a puerta cerrada y en un terreno neutral. Era sin lugar a dudas la postura más generalizada.

Por fin el comité dio a la luz su resolución: el equipo de Roma quedaba descalificado, por lo que el Sarco jugaría la final contra el Ignis.

Los directivos del equipo romano saltaron como fieras, intentando recurrir contra la solución del comité, apelando a las más altas esferas deportivas, pero todo fue inútil. La decisión resultó inapelable.

Era algo que se salía de toda lógica, un equipo modesto de segunda fila había llegado a la final de la Copa y se había convertido, polémicas aparte, en el más popular de toda Italia.

Topino sonreía cuando vio aparecer aquella noticia, su rostro reflejaba una gran satisfacción: la del deber cumplido.

Él era muy eficiente.

Lo sabía.

CAPÍTULO VIII

—Mira hasta dónde ha llegado tu jugador favorito —le dijo Giovani Marco a Estefanía Calder en la terraza de aquel bar de Roma donde estaban tomando el aperitivo.

—Desde luego, no se puede negar que muy lejos —respondió ella que no podía negar que sentía una extraña atracción hacia aquel jugador del Sarco. Atracción que no podía disimular a pesar de los esfuerzos que hacía para ello.

Era un impulso extraño que nació en ella desde la primera vez que lo vio.

Estaba segura que él ni tan siquiera se acordaba de ella, pero eso no era óbice para que ella si lo hiciera.

Se estaba convirtiendo en algo enfermizo.

—¿Piensas ir a Milán a ver la final? —le preguntó Giovani.

—Creo que sí.

—¿Solo lo crees?

—Esté bien, iré. Eso es lo que quieres oír y ya sabes que yo contigo soy muy complaciente.

—No me mientas, Estefanía, que eso está muy mal, sabes que iras y no solo porque yo quiera oírtelo. Además, de complaciente conmigo, nada, y ya sabes lo que digo y por qué. Si aquí hay alguien complaciente ese soy yo, que te soporta sin conseguir a cambio nada más que tu desprecio, y lo peor es que se conforma.

—Pobrecito mío, recuerda que te compre un collar, estarás de lo más precioso.

—Si es de diamantes, mejor —ironizó él, aceptando la ocurrencia de ella.

Siempre lo hacía, era su sino: el perrito faldero de Estefanía Calder, para eso le tenía contratado el señor Calder, si algún día ella llegaba a enterarse estaba seguro de que lo iba a pasar muy mal.

—Tu sentido del humor me fascina. ¿Me acompañarás?

—¿Tengo opción? —preguntó haciendo una mueca horrible.

—No, desde luego que no, y no hagas caras raras que hoy ya se me pasó mi ración de aguantar payasos.

Giovani se resignó, la verdad era que su trabajo estaba muy bien pagado, aunque comenzaba a estar harto.

—¿Le vas a contar a papá la verdad del viaje?

—Claro —mintió con descaro—, siempre lo hago.

—Eso está bien, buena chica. ¿Cuándo nos vamos?

—Es una buena pregunta. ¿Qué te parece mañana por la mañana?

—Muy bien —le daba lo mismo estar en Roma o en Milán, sabía que ella hacía lo que le viniese en gana, lo único que él debía procurar es que según qué cosas no llegasen a oídos de su padre y a pesar de todo debía reconocer que desde hacía algún tiempo ella no le daba motivos de preocupación, lo que no sabía si era bueno o malo.

Tal vez fuese aún peor.

Lo presentía.

Comieron juntos charlando de cosas triviales en las que él tenía que mostrarse como un experto. ¿Lo era? Había veces que hasta él mismo llegaba a creérselo.

—Iremos en tu coche —le dijo ella cambiando el tono informal de la conversación.

—Como quiera, pero conduciré yo.

—¿Tienes miedo?

—¡Muchísimo!

Y se echaron a reír.

* * *

Martin Serman era el pivot del Ignis y uno de los mejores jugadores americanos que habían aterrizado en Italia. Con él bajo el tablero iba a resultar muy difícil que los jugadores del Sarco pudieran utilizar su mejor arma: el contraataque.

Carlo era un gran pivot, pero Martin le superaba en clase y sobre todo en experiencia, y según los comentaristas deportivos ahí se iba a decidir la final.

Martin era consciente de su responsabilidad, era su primera temporada en Italia y quería redondearla con el campeonato. En la Liga ya había conseguido el trofeo al máximo anotador, pero se habían tenido que conformar con la segunda plaza. De ganar la Copa, la temporada podría calificarse de muy buena y eso era lo que él quería.

Mientras iba caminando no se percató de que dos hombres se iban acercando a él.

—¿Martin Serman? —le preguntó uno de ellos.

—Sí, perdone pero iba muy distraído —respondió él pensando que se trataba de admiradores o periodistas. Tenía fama de amable con todo el mundo y se cuidaba mucho de conservar esa imagen.

—Quisiéramos charlar con usted sobre el partido que deben jugar contra el Sarco.

—Saben que nunca me niego a una entrevista, pero me dirigía a casa en este momento.

—Serán solo unos minutos —dijo el hombre.

El otro no abrió la boca ni una sola vez, y su aspecto era lo más parecido a un matón de película americana de serie negra.

—De acuerdo, pero cuanto más breve mejor.

—¿Nos sentamos? —inquirió el hombre casi ordenándolo, mientras señalaba un banco del paseo.

Martin aceptó y se sentó flanqueado por ambos hombres. Se sentía bastante incómodo, pero no lo demostró; todo fuera por la imagen.

—¿De qué periódico son? —quiso saber.

—Nadie ha dicho que seamos periodistas.

—¿Qué significa esto? —se intentó levantar, pero el hombre que no hablaba le estaba encañonando con un revólver. Desistió de hacerlo. Se daba cuenta de que aquellos tipos no bromeaban. Por desgracia no se veía a nadie cerca, lo que hacía imposible intentar nada sin que le dejasen seco de un tiro.

—Será mejor que se calme y le aseguro que no le pasara nada, tan solo quiero hablar unas palabras con usted.

—¿Apuntándome con una pistola?

—Usted lo ha querido, no era esa nuestra intención. Tenga en cuenta que lo único que le hemos pedido ha sido unos minutos de su tiempo, lo que no me parece demasiado, y más si tenemos en cuenta que a la prensa se los hubiese concedido sin problemas.

—De acuerdo, digan lo que sea.

—Es sobre la final, queremos que no la juegue.

—Están rematadamente locos, eso no lo conseguirán nunca, y si les envía alguien del equipo rival pueden decirle...

—Tú lo quieres muchacho —dijo el hombre levantándose—. Te aseguro que hubiese sido más fácil con tu cooperación voluntaria.

—No me asustan —dijo Martin, que sentía unas ganas enormes de liarse a mamporros con aquella gente.

No lo consiguió, los dos hombres se dirigieron hacia un coche que les estaba esperando y se marcharon de allí dejándolo solo.

Se quedó durante un rato parado y luego se encaminó hacia su casa.

«Debían estar locos», pensó durante el trayecto que lo separaba de su hogar. Un hogar que compartía con su esposa y su hijo Ric de tres años.

El pequeño era su mayor alegría, por él aceptó la oferta que le hicieron en Italia y dejó el baloncesto profesional en su país donde no dejaba de ser un buen jugador.

Cuando entró en su casa y vio la cara de su mujer comprendió que algo muy grave estaba sucediendo.

—¿Dónde está Ric? —preguntó alarmado.

Ric había desaparecido.

Recordó a los dos hombres.

CAPÍTULO IX

Giorgio Ludio estaba paseando después del correspondiente entrenamiento con su amigo americano Mike Harrison.

—Espero que la final sea limpia —dijo Giorgio.

—Los periódicos hablan de medidas excepcionales, parece que tienen miedo de vuestros hinchas.

—Mike, tú estabas allí, ¿crees que tuvimos la culpa de lo que pasó?

—Puedes estar tranquilo, muchacho, vosotros no fuisteis responsables de esa salvajada.

—Pero la resolución del comité ha sido muy criticada por muchos sectores y eso me preocupa.

—Tú mismo sufriste en tu propia piel la incongruencia de unos colegiados que miran con descaro hacia un solo bando.

—Sí, es cierto, pero no puedo dejar de pensar en ello, es como un presentimiento que me atormenta desde aquel día. Como si una mano negra estuviera tras todo lo que nos ha sucedido los últimos días.

—Giorgio, muchacho, me parece que ves fantasmas donde no hay nada.

—Quisiera que así fuera.

El base del Sarco estaba intranquilo, su amigo lo atribuía al exceso de responsabilidad y a la gran dureza síquica y física que les estaba exigiendo el final del campeonato, donde habían llegado a lo más alto, meta que ni el más optimista hubiera podido soñar.

—Tienes que pensar que el partido que os falta es uno más.

—La casa comercial que nos patrocina está segura de muestra victoria, incluso nos han organizado una gira por Estados Unidos.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Mike.

—Me gustaría conocer en persona tu país.

—A mí me gusta, aunque reconozco que tiene sus defectos.

—Nosotros también los tenemos.

No había duda que había nacido, y con fuerza, una gran amistad entre los dos.

* * *

—Tonino, no puedes estar tan seguro de una cosa así —dijo Marcelo Moroto.

—Lo mismo me dijiste en las semifinales.

—¿Tú provocaste el escándalo? —quiso saber.

—Eso es algo que a ti no te concierne.

—Estás equivocado, desde que me hice cargo del equipo todo lo que le pase me concierne y eso lo sabías cuando me ofreciste el cargo.

—Claro que sí, pero haz el favor de preocuparte solo de que los chicos estén a punto para la final y deja las pequeñas cosas para mí.

—De acuerdo, pero me parece que no podrás parar a Martin Serman y yo por desgracia carezco de hombre adecuado.

—¿Si no jugase tendríais más posibilidades?

—Estoy seguro de que podríamos ganar —dijo Marcelo—, pero eso es soñar con imposibles.

—Yo me encargo de los imposibles. Recuérdalo.

—No juegues sucio, te lo advierto, no soy de esos.

—Tú harás lo que yo te diga, mí querido Marcelo, y por tu bien te aconsejo que no vuelvas a levantarme la voz.

—¿Me matarías?

—Hay una docena de personas bajo tierra por mucho menos que eso, tienes suerte de que seamos amigos, pero no abuses de la amistad, esta puede terminarse en cualquier momento.

Tonino no hablaba en broma, Marcelo se dio cuenta y entonces pensó que no podía seguir cerrando los ojos a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Pensó en la situación en que se encontraba cuando se tropezó con Tonino. Recordó su estado depresivo y pensó que entonces él sabía que era inocente de cuanto se le imputaba. Ahora no podía decir lo mismo, aunque ignoraba de qué se trataba. Empezaba a sospechar que no era por afición al deporte de la canasta que habían comprado aquel equipo de segunda división. Tenía que haber algo mucho más profundo y él tenía que averiguarlo aunque fuese lo último que hiciese en su vida. Como buen deportista tenía que mantener su honestidad por encima de todo. En esos momentos se veía sucio y despreciable.

Tras dejar a Tonino se fue al bar de Dominique, pensaba que allí estada tranquilo hasta el día siguiente. Quedaba dos días para la gran final y el ambiente estaba muy tenso. Los jugadores del Ignis habían llegado aquella tarde a Milán. El equipo venía al completo, por lo que no comprendía las palabras de Tonino, tal vez solo se tratase de una bravuconada para demostrarle quién era el jefe.

—¿Cómo está nuestro entrenador estrella? —le preguntó Dominique al verlo entrar en su establecimiento.

—Creo que bien, pero no estoy seguro.

—Eso es exceso de responsabilidad, llevas muy pocos días con el equipo.

—Sí, Dominique, pero los muchachos son buenos y creo que ya lo han

demostrado sobradamente sin necesitar para nada mi concurso.

—No te hagas el modesto, viejo, que yo te conozco bien y sé que eres el mejor técnico de Italia.

Alguna vez sí que lo fue, ahora estaba derrotado, sin fuerzas y a merced de hombres como Tonino. ¿Quién estaría detrás de él?

Era una buena pregunta.

En aquel instante entraron en el bar Giorgio y Mike.

—Buenas tardes, entrenador —dijo Giorgio a modo de saludo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Marcelo extrañado.

—No tema, solo bebo zarzaparrilla —le dijo para tranquilizarle—. Venía paseando con este amigo y de pronto sentimos un poco de sed. Bueno, más bien diría que mucha sed.

Se hicieron las presentaciones pertinentes y Giorgio pidió una bebida de cola, tal y como había dicho.

* * *

Martin Serman estaba dando vueltas incesantemente en su habitación, su mente no estaba en Milán, ni tan siquiera en el partido, su mente estaba pensando en su hijo que se encontraba en poder de unos desalmados; le habían advertido de que este moriría si iba a la policía o jugaba el partido.

No había dicho nada a nadie, pues tenía miedo de que esos asesinos cumpliesen lo prometido. Eran capaces de hacerlo, pero por otra parte no podía permanecer con aquel cuchillo clavado en el pecho.

¿Qué hacer?

No era fácil tomar una decisión, su esposa le había hecho jurar que cumpliría a rajatabla las condiciones de los secuestradores y él tenía que cumplir su promesa, al fin y al cabo poco importaba un campeonato cuando estaba en juego la vida de un maravilloso ser de tres años, que era su hijo.

¿La honestidad deportiva?

Eso le dolía más de lo que nadie pudiera imaginar. Era una lucha terrible la que estaba sosteniendo con su propia persona desde hacía horas.

Todo había sido tan rápido y brutal como si de una pesadilla se tratara.

Quería despertar, necesitaba hacerlo para así poder abrazar de nuevo a su hijo.

Siguió paseando sin parar.

CAPÍTULO X

—Quiero que le deis un escarmiento, que lo sienta pero sin pasarse; aún le necesito.

Estas habían sido las palabras que había pronunciado Tonino a un hombre más parecido a un mono que a un ser humano. Le apodaban Cara Mono.

Cuando Mike y Giorgio abandonaron el bar de Dominique dejando en él a Marcelo, no repararon en el aspecto de un par de individuos que estaban frente al bar apoyados en sendas farolas.

—No es mala persona vuestro nuevo entrenador —dijo Mike.

—Creo que no, tuve una larga conversación con él y llegué a la conclusión de que no tuvo la culpa de lo sucedido con el equipo; es más, según palabras suyas el mérito de la competición es del viejo —dijo refiriéndose al entrenador que habían tenido y que ahora estaba de segundo bajo las órdenes de Marcelo.

—No fue muy ético, pero los intereses comerciales son así.

—Me da la sensación de que nos han vendido como si fuéramos carne de matadero.

—Eso es muy fuerte, muchacho.

—Lo digo tal y como lo siento —así era Giorgio Ludio, y sabía que a lo largo de su vida le había perjudicado bastante.

Un ruido grande, que parecía venir del bar donde hacía unos minutos habían estado charlando con Marcelo, les hizo pararse.

—¿Has oído? —preguntó Mike.

—Sí, parece del bar de Dominique —corroboró Giorgio.

—¡Vamos! —exclamó Mike y los dos hombres dieron media vuelta de una forma automática desandando el camino recorrido.

Cuando llegaron vieron salir con rapidez a dos hombres del bar que se perdieron entre las sombras. Uno de ellos tenía cara de mono.

Al entrar en el local encontraron a Marcelo en el suelo socorrido por Dominique, no había nadie más. Marcelo estaba sangrando copiosamente por la nariz y boca. El bar estaba patas arriba.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron Mike y Giorgio casi al unísono.

—Cuando salieron ustedes entraron dos hombres y, sin mediar palabra, se lanzaron sobre Marcelo, lo demás está a la vista.

—Hay que llamar una ambulancia —dijo Giorgio mientras se dirigía con celeridad al teléfono.

—No lo hagas... —pudo balbucir Marcelo a duras penas desde el suelo.

Giorgio se quedó parado como si alguien le hubiese paralizado todos los músculos. Volvió al lugar en que se encontraba el caído.

—No es nada, creo que podré levantarme —dijo Marcelo haciendo un esfuerzo, pero no lo consiguió.

Mike y Giorgio le ayudaron y lo llevaron hasta una silla.

Dominique había sacado mientras tanto alcohol y le estaba restañando las heridas.

—Sigo pensando en llamar una ambulancia y a la policía —insistió Giorgio.

Marcelo indicaba con gestos que no. Parecía asustado.

—No insistas, si ese es su deseo debemos respetarlo —dijo Mike con aire autoritario.

—¡Gracias! —exclamó haciendo un esfuerzo Marcelo.

Poco a poco fue recuperándose, le habían dado bien pero no había duda de que se trataba de profesionales, pues no le habían fracturado ningún hueso.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó Mike cuando vio que Marcelo se encontraba mucho mejor.

—No los había visto en mi vida —dijo Marcelo y era la verdad, aunque sí sabía quién les había mandado.

—No lo entiendo —decía Giorgio una y otra vez.

Lo acompañaron a su casa.

Les explicó una historia de ciencia ficción que ninguno de los dos amigos pasó a creer a pesar de que hicieron creer que la misma les había convencido.

Una vez lo dejaron en su casa, Mike y Giorgio se fueron hacia el hotel. Giorgio estaba concentrado en el mismo hotel donde se hospedaba Mike, o mejor dicho, este lo había escogido al enterarse que allí iba a estar el equipo.

—Ese hombre oculta algo, ¿no crees?

—Estoy seguro, pero no se le podía forzar. Tenía miedo y eso es muy grave.

—¿Tendrá algo que ver con el partido?

—No lo sé, Giorgio, pero te aconsejo que te vayas a dormir enseguida, necesitas todas tus fuerzas para la final y no creo que estés dispuesto a defraudar a tus amigos.

—Sofía me debe estar maldiciendo.

—No creas, he tenido mucha suerte al encontrar una mujer como ella; además no está del todo mal que se acostumbre a prescindir de mí, en Dallas trabajo durante bastantes horas no vayas a creer. Me da miedo el que no pueda adaptarse a la vida de allí.

—Lo hará, estoy seguro, es una italiana y los italianos nos adaptamos a

cualquier circunstancia.

—De acuerdo, campeón, buenas noches.

—Aún no lo somos, pero sé que si alguien tiene fe en nosotros ese eres tú.

Y en eso no se equivocaba.

* * *

—¿En qué hotel se alojan los futuros campeones? —le preguntó Estefanía Calder a su acompañante Giovani Marco, de profesión niñero de niña rica.

—No me digas que quieres ir al mismo hotel. Eso será muy difícil.

—Tú puedes encargarte de eso, mi eficiente Giovani.

—Por favor, Estefanía, no me pidas imposibles.

—No hay nada imposible para mí caballero andante.

Y Giovani tuvo que sonreír a desgana y utilizar la influencia que tenía el nombre de Calder. Todo ello con la máxima discreción. El hotel estaba repleto, pero pudo arreglarse con una de esas habitaciones que siempre se tienen para casos excepcionales.

Él tuvo que conformarse con un cuarto anexo a la servidumbre. La verdad es que era el lugar que le correspondía.

—Eres un sol —le dijo ella cuando un mozo del hotel subía las maletas a la habitación.

—¿Es la única recompensa? —preguntó aun sabiendo de antemano la respuesta.

—¿Te parece poco? —lo dijo de una forma que Giovani tuvo que darse una vez más por vencido. Cada vez estaba más tentado de enviar al padre y a la hija a hacer puñetas, pero siempre recordaba la cantidad que cobraba cada mes y se decía que valía la pena aguantar un poco más.

«Todos tenemos un precio».

Estefanía se informó de la habitación que tenía Giorgio. La compartía con un compañero de equipo, lo que le molestó bastante. Aquella noche tenía que conformarse con no verle.

Dio orden de que la despertasen temprano, los jugadores acostumbraban madrugar y ella no quería perderse el espectáculo de ver al hombre que había conseguido quitarle el sueño. Era una niña caprichosa y estaba dispuesta a conseguir su capricho al precio que fuese.

CAPÍTULO XI

—¿Qué tal estás, héroe? —le preguntó Estefanía a Giorgio cuando este salió de su habitación camino del reconfortante desayuno.

Él se la quedó mirando como si acabase de ver a un ser de otra galaxia.

—Me parece que se confunde, señorita.

—Calder, Estefanía Calder.

Aquel apellido era muy conocido. Pertenecía al hombre con más poder económico de una parte de Italia, y su hija no cesaba de salir en las revistas de sociedad, protagonizando escándalo tras escándalo.

—Pues mucho gusto —dijo Giorgio sin saber qué decir.

—¿Es que no te acuerdas de mí? —preguntó ella esperando que recordase el partido; pero, por lo visto, él ni se había fijado en ella. Se sintió profundamente herida.

—La verdad es que no, y lo lamento; ahora, si me permite, debo reunirme con mis compañeros.

—No me gusta que me hables de usted, me hace vieja.

—Como prefieras —dijo él—, a mí no me importa.

—Ya que no te acuerdas de mí, me debes como mínimo unos minutos, una charla no te va a perjudicar en tu rendimiento, prometo no comerte.

—De eso estoy seguro.

—Podemos desayunar juntos, ¿te parece?

—Imposible, pero si estás aquí después del entrenamiento podemos tomar algo y charlar.

Era la primera vez que alguien se atrevía a tratarla así. Estaba furiosa pero hizo lo imposible por disimularlo.

—¿A qué hora es eso?

—A las doce, poco más o menos.

Ella consultó su reloj y asintió.

Cuando la vio desaparecer con su cuerpo firme y ondulante pensó que había sido un imbécil por no acordarse de ella.

No lo entendía, claro que una Calder tenía que ser estúpida a la fuerza. Tal vez no, era algo que podría averiguar, y le hacía ilusión.

* * *

Julio Dibari, presidente del Sarco de Milán, era asaetado a preguntas en la rueda de prensa que había concedido el día anterior a la gran final.

—¿Es cierto, señor Dibari, que si vencen mañana el equipo saldrá de

gira hacia Estados Unidos?

—Sí, la gira está planificada y no veo motivo para que no se haga sea cual sea el resultado, creo que los jugadores se merecen este premio. Y qué mejor que ver en vivo el baloncesto mejor del mundo.

—¿Cree que tienen alguna posibilidad de vencer?

—Sé que las apuestas están en contra nuestra, pero eso nos favorece. Al comenzar el torneo nadie daba una lira por nosotros y ahí estamos.

—Lo que no deja de ser una sorpresa pero, ¿considera justa la decisión del comité descalificando a su rival en semifinales?

—Me extrañaba que no surgiese la pregunta y me alegro que me la haga. ¿Usted ha visto que el comité favorezca alguna vez a los débiles?

Se escuchó una carcajada general, pero el mismo periodista siguió a la carga.

—Eso puede que fuera antes, pero ahora ustedes están muy bien respaldados.

—Esa es una insinuación tendenciosa que no me gusta nada.

La rueda de prensa siguió por otros derroteros, aunque el incidente quedaba ahí.

—¿Piensa que ha sido prudente sustituir al entrenador a estas alturas?

—El señor Moroto es un técnico de reconocido prestigio que se va a hacer cargo del equipo la próxima temporada, por lo que me parece lógico que vaya tomando contacto con sus hombres y de paso ayude a nuestro buen entrenador, que seguirá de segundo suyo.

—¿La plantilla está de acuerdo?

—La plantilla está muy unida, se trata de un grupo de amigos que sienten el club por encima de cualquier tipo de intereses mezquinos, que no hacen más que ensuciar nuestro deporte.

El señor Dibari era firme en sus convicciones, los periodistas por otra parte buscaban la noticia sensacionalista que les hiciese vender más periódicos, lo que por otra parte era una cosa lógica y normal.

—¿Qué opina del Ignis?

—Que es un gran equipo y eso no creo que nadie pueda ponerlo en duda, recuerde que ha sido subcampeón de la Liga y eso dice mucho en su favor, además cuenta con el máximo encestador de la misma.

—¿Lo considera superior a su equipo?

—Sobre el papel, pero eso hay que concretarlo en la pista y en ella tengo una fe ciega en mis hombres:

—¿Por qué el señor Moroto no está en esta rueda de prensa?

—Ha sido su deseo que así sea, por el respeto que tiene al verdadero artífice del equipo, no quiere el protagonismo, y es un acto que habla bien a las claras de su honestidad profesional.

La rueda de prensa se terminó sin demasiados inconvenientes. Al salir

el señor Dibari entró en la sala el presidente del Ignis, que se expresó también en términos prudentes y de respeto al contrario.

Ambos presidentes confiaban en los suyos, con el permiso de sus rivales.

La deportividad parecía que iba a ser la reina de la final, cosa que podía servir de ejemplo.

Así lo esperaba todo el mundo, en bien del deporte.

* * *

Eran las doce y diez minutos cuando Giorgio llegó al bar del hotel tras el último entrenamiento antes de la final. Estefanía le estaba esperando con un Martini en la mano.

Se la notaba impaciente.

No estaba acostumbrada a que nadie la hiciese esperar.

—Lamento el retraso —dijo él todavía sudoroso—, pero no hemos terminado hasta ahora.

—No hace falta que te disculpes, muchacho —le dijo ella en tono que quería ser despectivo, aunque se notaba que era fingido.

—Podríamos dejamos de sarcasmos y hablar de una forma amigable, tengo que recordar que yo no pedí la entrevista.

—Está bien, saco la bandera blanca para parlamentar, de la misma forma que solían hacer los pieles rojas que salen en las películas de tan maravilloso recuerdo.

—Eso está mucho mejor.

Comenzaron a charlar amigablemente.

A Giorgio comenzó a parecerle menos estúpida de lo que pensaba.

Ella estaba muchísimo más interesada por él de lo que había supuesto, con aquel muchacho no se podía jugar.

Tal vez era la horma de su zapato.

—Siempre he sido una niña mimada.

—Eso es lo que pensé esta mañana cuando te vi.

—¿Sigues pensando lo mismo?

—Creo que no, aunque no estoy muy seguro.

—Me gustada intentar demostrarte que no soy tan superficial como parezco o como dicen, claro que para eso necesitaré una oportunidad.

—Tal vez te la dé.

—Me gustaría.

CAPÍTULO XII

El día de la final había llegado. Ambos equipos salieron a la pista. El público gritaba enfebrecido.

Martin Serman se vistió de paisano; una tan extraña como inoportuna lesión le había apartado de la gran final, con lo que las posibilidades del modesto equipo de Milán habían subido algunos enteros, aunque el Ignis seguía siendo el favorito, dada su superioridad.

Entre los espectadores, digamos partidistas, se encontraban Mike Harrison y su esposa, y Estefanía y su niñera Giovani Marco.

—No te había visto tan nerviosa desde que...

—Eso a ti no te importa, ¿de acuerdo?

Tuvo que decir que sí, estaba insoportable desde el día anterior, aunque ahora no era rabia lo que denotaban sus ojos, sino un brillo especial que era la primera vez que había visto en los ojos de Estefanía, pero que conocía a la perfección por haberlo visto en otros ojos.

Los capitanes de los dos equipos se saludaron e hicieron lo propio los árbitros.

Todo estaba listo y él partido dio comienzo. El primer balón fue para Carlo, que se lo cedió a Giorgio que organizó el primer ataque de su equipo. Cuando parecía que iba a pasar el balón se internó hacia la canasta driblando a dos contrarios y en el momento que saltó para tirar a cesto cambió la trayectoria del balón enviándoselo a Andrés Cecoto, que estaba solo y no tuvo más que empujar a placer los dos primeros puntos para su equipo.

Los cinco primeros minutos fueron un constante tuya-mía, entre ambos equipos, sin que ninguno de ellos lograra distanciarse del otro.

La gente rugía de gozo.

Era una verdadera fiesta, en la que hasta el momento la deportividad era la nota relevante.

—Vamos a ganar, ¿te has fijado cómo juega? —le decía Estefanía Calder a su sufrido acompañante.

—Me fijo en cómo juegan todos y me parece que lo están haciendo bastante bien.

—Pero él es genial, no me digas que no te das cuenta.

—Sí, hija mía, aunque fuese el peor tú no te darías cuenta.

—¿Qué quieres insinuar? —preguntó molesta.

—Te aseguro que nada —dijo él y siguieron mirando lo que sucedía en la pista.

El Ignis notaba en demasía la falta de Martin Serman, lo que hacía que Carlo Roldán trabajase bajo los aros con más comodidad de la esperada y pudiese lanzar largo a sus compañeros, en especial a Giorgio Ludio que estaba muy certero y no dejaba de machacar la canasta rival.

El contraataque volvía a ser fulminante y no había duda de que esa era la mejor arma del Sarco.

El entrenador del Ignis estaba efectuando constantes cambios para romper el ritmo del rival, que en los últimos minutos estaba cuatro puntos arriba. No era ninguna ventaja sustancial, pero quería impedir cualquier tipo de sorpresa.

Llegaron al descanso con la ventaja del Sarco de tan solo dos puntos, lo que hacía prever una segunda parte de infarto.

Los espectadores bebían con objeto de refrescar sus gaznates resecos de tanto gritar.

Martin Serman, que era un espectador de excepción, estaba mirando el reloj a cada instante.

Era como si estuviera ausente de todo lo que se desarrollaba en el pabellón.

* * *

Mientras el partido acaparaba la atención de las gentes que habían acudido *in situ* y de otras que lo seguían a través de las pantallas de televisión, en un lugar de Milán se estaba efectuando una extraña operación.

—Me da miedo pensar en el valor de estas joyas, tengo ganas de depositarlas en la caja del banco.

—Sí, siempre resulta peligroso, pero nadie sabe que estamos efectuando el cambio a estas horas. Todo el mundo está pendiente de la final de la copa de baloncesto.

—De lo cual me alegro infinito.

Pero los dos hombres estaban en un error. De entre las sombras surgieron dos individuos enmascarados que empuñaban sendas pistolas con silenciador.

—¿Has oído? —preguntó uno de los hombres a su compañero.

No pudieron abrir la boca ni una sola vez más. De las armas de los enmascarados surgió una llama y un sonido casi imperceptible.

—Ha sido coser y cantar.

—El jefe es un genio, no me cabe la menor duda.

Los dos enmascarados se aproximaron a los cuerpos caídos de los dos hombres y recogieron un pequeño paquete, dentro del que había una de las colecciones de joyas más valiosas de la historia.

Salieron de allí de una forma rápida. Nadie se había percatado de lo

sucedido. En un bar cercano varios hombres estaban pendientes del aparato de televisión, que estaba retransmitiendo la final de la Copa de Italia entre un equipo de primera y otro de segunda. Este último, por ser considerado el más débil, tenía todas las simpatías del público a excepción de los hinchas del Ignis.

* * *

Quedaban tan solo dos minutos y el Sarco llevaba en esos momentos dos puntos de ventaja. El Ignis, a pesar de la ausencia de su estrella norteamericana, estaba jugando un gran encuentro lleno de coraje y amor propio.

Estefanía Calder había terminado con sus bonitas uñas. Estaba nerviosa, ya que tenía por primera vez en su vida un interés muy grande en la pista.

Giorgio, el base del Sarco, estaba jugando al igual que sus compañeros un extraordinario partido, sin embargo la pelota estaba todavía en el tejado.

—¿Cuánto falta? —preguntó Estefanía a Giovani, que estaba junto a ella como un perro faldero.

—Muy poco, pero ten en cuenta que aquí solo vale el tiempo efectivo de juego.

—¿Y eso qué quiere decir? —quiso saber, pues los mismos nervios hacían que no estuviese segura de nada.

—Que las interrupciones no cuentan, tan solo se contabiliza el tiempo que el balón está en movimiento.

—No me parece justo —dijo ella en el mismo momento en que el Ignis empataba de nuevo el partido.

Los empates se fueron sucediendo hasta llegar a los últimos quince segundos en que Tony Bianchi cometió una personal a un jugador del Ignis.

El jugador lanzó los dos tiros libres correspondientes y los encestó. Dos puntos de ventaja a favor del Ignis.

A partir de ese momento intentaron presionar por toda la pista para impedir los movimientos del Sarco.

Sacó el balón Carlo sobre Giorgio, que se deshizo de cuantos contrarios te salieron al paso y colocó el empate a ochenta y dos cuando quedaban cinco segundos.

El Ignis puso el balón en juego y Carlo cometió una nueva personal a dos segundos del final.

El partido parecía sentenciado.

Claro que había que meter los tiros libres.

El jugador se disponía a lanzar el primero.

La tensión estaba al borde del paroxismo.

Falló el primer tiro libre.

Solo consiguió encestar uno.

Era suficiente para dar el título al Ignis a dos segundos del final.

La presión era indescriptible.

Tan solo un milagro podía dar la vuelta al resultado.

Carlo lanzó hacia Giorgio que desde su campo tiró en el momento que sonaba la campana.

—¡Increíble!

Fue la exclamación de un sector del público.

El balón lanzado por Giorgio había entrado en la canasta rival.

El Sarco había ganado el partido.

Había sido una canasta a toque de campana.

Pero válida al fin y al cabo.

Cuando la campana sonó el balón ya había salido de la mano de Giorgio y entró limpiamente en el aro rival.

Fue una canasta de antología.

Una canasta que valía un título.

El modesto Sarco lo había conseguido.

Giorgio era materialmente estrujado por todos sus compañeros, la alegría era inenarrable.

No había para menos.

CAPÍTULO XIII

Todavía seguía el eco de la victoria del modesto equipo de Milán y seguramente lo haría durante mucho tiempo.

Los jugadores del Sarco estaban en el aeropuerto prestos a tomar el avión que los tenía que llevar a Estados Unidos.

Era una gira que a unos les parecía bien y a otros no, entre los últimos se encontraba Estefanía Calder.

—No me gusta nada esa gira.

—Te puedo asegurar que a mí tampoco y que te voy a echar de menos.

—¿Es eso cierto?

—Creo que sí.

—¿Solo lo crees?

—Estoy seguro —dijo él, que sentía lo mismo que ella. Había sido algo inesperado. Todavía, no estaba seguro de nada. De sus sentimientos creía que sí, si no allí estaría ella para recordárselo.

—Me da la sensación de que ese viajecito de marras te gusta más de lo que estás dispuesto a reconocer.

—Te prometo que cuando vuelva de viaje no nos separaremos más —le dijo de una forma espontánea.

—Te tomo la palabra y no voy a dejar que te vuelvas atrás.

Se abrazaron con fuerza y se besaron por primera vez como si se tratase de la última.

Carlo, que era el más rezagado de la expedición, tuvo que estirar a Giorgio del brazo.

—Lo siento, pareja, pero el avión no espera y aquí o vamos todos o rompemos la baraja.

—Rompemos la baraja —dijo Estefanía que seguía emperrada en que Giorgio se quedase con ella.

Al fin la lógica se impuso y subieron al avión.

El despegue fue normal.

—Me dan miedo estos apara tejos y sobre todo en un viaje tan largo —le dijo Carlo.

—Tan larguirucho y tan cobarde. ¿No te da vergüenza?

—No, Giorgio, no me la da.

En el avión viajaba también Mike Harrison, aunque Giorgio tardó en darse cuenta. Lo más curioso es que viajaba solo.

—Mike, ¿qué haces aquí?

—Ya ves, no puedo pasarme sin el equipo.

—¿Y Sofía?

—Una hermana se ha puesto muy enferma de repente y ha tenido que quedarse. Espero qué por pocos días.

—¿No podías esperarla? —preguntó Giorgio extrañado por todo aquello, aunque sin dudar ni un instante de las palabras de su amigo.

—No, ya nos habíamos alargado en exceso, de todas formas una pequeña separación será beneficiosa para nuestro matrimonio, ¿no crees?

—No sé, lo cierto es que no tengo demasiada experiencia.

—Por lo que he visto no tardarás en tenerla.

—Eso es mucho decir.

—Giorgio, no quieras engañarme.

—De acuerdo, pero es que ha sido una cosa tan de repente que aún no sé muy bien...

—Eso es más grave de lo que creí.

—Yo también opino lo mismo —dijo Carlo interviniendo por primera vez en la conversación.

—Dos contra uno, eso no está bien —protestó Giorgio.

Los dos se echaron a reír.

Giorgio estaba algo molesto, pero lo cierto es que tampoco era mucho y se encontraba en buena disposición para superarlo.

La imagen de ella se hacía cada vez más nítida.

¿Qué demonios había hecho con él?

No lo sabía.

Tampoco le importaba.

CAPÍTULO XIV

En Milán tenía lugar una reunión entre gente influyente que en apariencia llevaban una conducta intachable, aunque había entre los presentes alguien que no lo era tanto: Tonino Rimaldi.

—Ha sido un éxito y no me queda más remedio que felicitarle, mí querido amigo —dijo uno de los hombres a Tonino.

—No ha sido nada fácil, pero dentro de pocas horas tendremos la confirmación desde Los Ángeles.

—Será la confirmación más agradable de mi vida.

—Y además disponemos de un conjunto campeón, lo que no deja de ser algo surrealista.

—Eso me tiene sin cuidado —dijo el gerente de la Piovelo, S.A.

—Pues costará un buen pico y vale la pena amortizarlo —dijo Tonino que se veía en la cresta de la ola.

Su plan había resultado y aquellos hombres estaban en deuda con él. Eso era lo que más le gustaba.

—La operación merecía la pena. ¿Hablan algo los periódicos de hoy?

—Han descubierto los cadáveres, pero no mencionan nada al respecto.

—No les interesa, los dueños de las joyas las habían entrado de forma ilegal en el país. Eso nos da una inmunidad absoluta. En el momento por supuesto, que obren en poder de nuestro comprador americano.

Tonino consultó su reloj.

—Dentro de unas pocas horas estará hecho.

Descorcharon una botella de campaña para celebrar por anticipado el éxito de la operación.

—Alzo mi copa por la asociación más beneficiosa y deportiva del mundo.

—Solo se trata del comienzo de una larga y fructífera actividad —dijo Tonino.

—¿Hay más asuntos como este?

—Por supuesto, señores, no les quepa la menor duda.

—¿Nos puede adelantar algo?

—Con mucho gusto.

Y comenzó su disertación. Todos escuchaban con las orejas bien abiertas.

* * *

Martin Serman acababa de abrazar a su hijo.

Lo habían dejado en libertad tal y como se lo habían prometido. Se sentía feliz por una parte y sucio y despreciable por la otra.

Su mujer intentaba consolarle en vano.

—Cualquiera en tu lugar hubiese hecho lo mismo.

—No me sirve, mujer, me alegro de tener a Ric con nosotros, pero ¿a qué precio?

Desde luego el precio había sido muy alto, al menos así lo creía el extraordinario jugador de baloncesto. En toda su vida su conducta había sido intachable.

—Tengo que ir a la policía.

—¿Estás loco?

—Es posible, pero ahora que Ric está con nosotros tengo la obligación de denunciar el asunto.

—¿Y si lo intentan de nuevo?

—Tomaremos precauciones.

—¿No hay nada que te haga cambiar de idea?

—No.

Ella lo sabía, lo había dicho por si acaso. Su marido era así y en el fondo se sentía orgullosa de que fuera de esa forma, aunque por otra parte temía por lo que pudiera sucederle a él y a su hijo. Aquella gente, fuese quien fuese, había demostrado no tener escrúpulos.

* * *

Marcelo Moroto también estaba deshojando la margarita de la duda. En lo más oculto de su ser sabía casi con certeza de que la extraña lesión de Martin Serman había sido cosa de Tonino.

¿Por qué?

Esa era la pregunta que le atormentaba desde hacía días, aunque se había vuelto obsesiva desde que recibiera aquella paliza en el bar de Dominique.

En ese momento estaba allí ahogando sus penas en *whisky*.

—Cualquiera diría que estás en un funeral —le dijo Dominique.

—Tal vez sea esa la expresión correcta.

—No te entiendo, claro que muchas veces suele ocurrir algo parecido y luego todo es producto del exceso de tensión. Lo que no acabo de entender es cómo no estás en el avión con destino a Estados Unidos con tus pupilos.

—No son mis pupilos.

—¿Quieres decir que los has dejado?

—Eso es exactamente lo que quiero decir. ¿Tan extraño te parece?

—Me parece una estupidez.

—No lo creas, al fin y al cabo yo solo puedo perjudicar a ese equipo.

Bueno a ese y a cualquier otro.

Esperaba la llegada de la muerte de un momento a otro. Sabía que Tonino no perdonaba y él podía ser un elemento peligroso.

«Pronto llegará ese cara de mono y todo habrá concluido, tal vez sea mejor así».

Pero el cara de mono no llegaba por mucho que Marcelo soñase con él.

—Estás bebiendo demasiado —le dijo Dominique.

—Mi querida amiga, nuestra amistad se ha basado siempre en el mutuo respeto.

—Y así lo sigo creyendo.

—Pues déjame en paz.

—De acuerdo.

No volvieron a cruzar ninguna palabra más.

* * *

Martin estaba decidido. Acababa de dejar a su mujer y a su hijo Ric en lugar seguro.

—No os mováis de aquí bajo ningún pretexto hasta que venga por vosotros.

—Descuida, Martin, sabes que siempre he obedecido todas tus indicaciones.

—¿Sigues pensando que hago mal?

—No, siempre has sabido lo que era mejor.

—Es mí deber, compréndelo.

Y ella, con lágrimas en los ojos, asentía mientras se aferraba a su hijo.

No sabía si volvería a ver a su marido.

* * *

Marcelo Moroto entró con paso vacilante.

—Quiero hablar con el comisario de policía.

—¿De qué se trata, señor? —le preguntó el agente.

—Solo hablaré con el comisario, y es importante.

—Tendrá que esperar unos minutos, está con una visita.

—Esperaré, no hay prisa.

Allí estaba seguro, al menos por el momento.

El comisario tenía una visita especial:

Martin Serman.

CAPÍTULO XV

—Hasta luego, Mike, que espero que se transforme en un hasta siempre, no sé si me voy a acostumbrar a no verte.

—A mí me pasará lo mismo, Giorgio, estoy convencido que te gustara mi tierra y no solo porque eres italiano.

Giorgio sonrió.

Era una nueva despedida.

Estaban en Los Ángeles.

Desde el aeropuerto fueron conducidos a un hotel donde tenían las reservas desde hacía varios días.

—Esto sí que es vida —dijo Carlo.

—Yo hubiese preferido descansar un poco en casa —le replicó Giorgio, al que aquel viaje le había parecido excesivamente precipitado.

—No seas agorero.

—Intento no serlo, Carlo, pero me extrañan muchas cosas, entre ellas el que Moroto no haya venido con nosotros.

No había comentado lo de la pelea o agresión en el bar de Dominique con nadie, era algo que Mike y él habían decidido silenciar.

Desde aquel instante Marcelo Moroto se había convertido en otra persona y, aunque al principio tenía que confesar que no había sido santo de su devoción, todo aquello le preocupaba.

Dejaron sus cosas en la habitación del hotel y salieron a ver un poco de la ciudad como si de unos turistas se tratara. En realdad eso era lo que eran.

Estaban casi embobados con todo lo que se presentaba ante sus ojos y que solo conocían por medio de las películas y los telefilmes.

—¿Qué te parece? —le preguntó Carlo, que como siempre iba junto a Giorgio.

—Todo el mundo no es tan alto como nos hacían creer.

—Eso es muy infantil, Giorgio.

—Puede que lo sea, no olvides que yo también soy un niño.

* * *

—Me quiero ir a Los Ángeles, papá —le dijo Estefanía Calder al todopoderoso de su padre.

—¿Y se puede saber a qué?

—Voy a casarme.

Calder se sobresaltó.

—¿Con quién? —preguntó aún sin salir de su asombro.

—Con Giorgio Ludio.

—¿Y ese quién es?

—Un jugador de baloncesto. Desde luego no estás en nada, papá, no se habla de otra cosa en toda Italia y tú ni te enteras.

—Sabes que tengo otras cosas más importantes que hacer que preocuparme por cuatro chalados que juegan a una tontería como el baloncesto.

—Pues tu hija va a casarse con uno de ellos.

—De eso ni hablar, jamás daré el consentimiento para una cosa de esa índole.

—¿Y se puede saber para qué demonios quiero yo tu consentimiento? —replicó Estefanía que estaba dispuesta a llegar al final de la cuestión fuera como fuese.

Y llegó.

Vaya si llegó.

—Mi consentimiento tal vez no te haga falta para nada, pero mi dinero sí, y eso hace que pueda prohibírtelo a menos...

—Puedes meterte tu dinero donde mejor te quepa.

Y le dejó con la palabra en la boca. Nunca había visto a su hija así, aunque sabía que no sería capaz de seguir adelante. La dejaría sin una lira y al poco tiempo estaría tras él suplicándole y pidiéndole perdón.

Ella nunca había llegado tan lejos y estaba dispuesta a seguir haciéndolo.

* * *

Tonino Rimaldi y sus influyentes socios estaban celebrando su hasta el momento aparente victoria.

—Yo no brindaría si fuera ustedes —dijo una voz de hombre de casi cincuenta años que iba escoltado por varios policías.

—¿Qué significa esto? —preguntó el gerente de la Piovelo, S.A., que no acababa de entender cómo aquellos hombres habían podido entrar allí que era su sanctórum.

—Significa que la fiesta ha terminado antes de empezar. Así de sencillo.

—Esto es un atropello, no tienen ningún derecho a cometer una intrusión en propiedad privada de esta naturaleza. Llamaré a mí abogado y los demandaré.

—Al abogado sí que podrá llamarlo, pero no antes de veinticuatro horas y le aseguro que le va a hacer falta.

—Eso no es legal —insistió el gerente que estaba rojo de indignación.

—Pero nadie se va a enterar. Andando —dijo el hombre de paisano que

resultó ser el comisario jefe de la policía, como era de prever.

Los hombres salieron de allí esposados, procurando que nadie se diera cuenta y evitando así una publicidad nefasta.

Sin ruidos habían caído todos los que de una forma o de otra estaban implicados con el asunto de las joyas, lo único que faltaba era encontrarlas, de lo contrario toda aquella operación podría irse al garete, pero eso ya no estaba en manos de la policía italiana.

CAPÍTULO XVI

Mientras Giorgio y sus compañeros estaban comiendo en el restaurante del hotel de Los Ángeles donde se hospedaban desde que habían llegado, la habitación de Giorgio era registrada por dos hombres desconocidos.

—Aquí no hay nada —dijo el más alto de ellos.

—No puede ser, según nos comunicaron de Milán las joyas viajaban con el base del equipo, Giorgio Ludio, y esta es su habitación, de eso no hay duda, me he asegurado.

—Pues algo ha salido mal.

—¿Estáis buscando esto por casualidad? —dijo Mike Harrison que empuñaba una pistola con silenciador y salió de un rincón donde había permanecido agazapado, esperando la llegada de los intrusos.

En la otra mano llevaba las joyas, que habían sido la causa de todo aquel enredo.

Uno de los hombres intentó sacar su pistola pero fue inútil, ya que Mike mucho más rápido disparó antes, dejándolo tieso. El otro hombre no opuso resistencia.

Las joyas fueron recuperadas y la organización en Estados Unidos también desarticulada. No se hizo ningún tipo de publicidad al respecto, ya que estaban implicadas algunas personalidades del país, así como había sucedido en Italia.

Había habido una perfecta coordinación entre ambos países, que había dado como fruto la desarticulación de una banda internacional a gran escala que trabajaba con joyas y drogas. La idea de utilizar un equipo de baloncesto para transportarías sin despertar sospechas podía considerarse como una sofisticación, dentro del siempre complicado y peligroso mundo del crimen.

Mike Harrison era un agente especial que estaba de vacaciones en Italia con motivo de su matrimonio. Sus superiores se pusieron en contacto con él al enterarse de la operación que iba a realizarse en Milán.

Giorgio Ludio nunca sabría que había sido utilizado como transportador de una fortuna. Era mejor para él, pensó Mike, que apreciaba al muchacho de verdad.

El Sarco fue descalificado y así el campeonato quedó en poder del Ignis, lo cuál era lógico ya que Martin Serman no había jugado presionado por los secuestradores de su hijo. Se había tejido una gran tela de araña que al fin había caído en poder de la justicia. Una vez más el deporte noble y competitivo se había utilizado como máscara del crimen.

La descalificación del equipo de Milán fue considerada como una arbitrariedad que se comentó en la prensa durante algún tiempo, pero con menos intensidad de la que un hecho como aquel hacía prever y era lógico, ya que muchas veces es conveniente silenciar según qué cosas. Así el baloncesto saldría ganando.

El equipo realizó la gira sin ninguna novedad jugando contra varias universidades americanas. Conocieron un baloncesto que era todavía netamente superior al europeo, y del que sin duda se podían extraer grandes enseñanzas y ellos por su parte aplicaron como siempre su gran arma, que era su contraataque fulminante.

Aprovecharon el mes de estancia en América para fichar a un americano y así competir con posibilidades de ascenso la siguiente temporada.

Ellos habían ganado morraleramente la competición.

Si les habían descalificado era por causas ajenas a su voluntad.

Claro que por otra parte la seguridad de un niño de tres años bien valía ese tipo de precauciones.

Cuando regresaron a Milán tuvieron un grandioso recibimiento.

El público estaba con ellos.

A partir de aquel momento se les iba a exigir mucho más.

Ellos lo sabían.

Estefanía estaba esperando a Giorgio en el aeropuerto.

—Mi padre se opone a nuestra boda —le dijo ella.

—¿Y tú qué opinas?

—Dice que piensa desheredarme si me caso con un jugador de baloncesto, que además es un don nadie.

—Lo comprendo, la verdad es que yo no voy a poder ofrecerte lo que él, así que adiós —dijo Giorgio cariacontecido.

—No digas bobadas, ahora no puedes dejarme así.

—¿Quieres decir...?

—Que estoy sin una lira, porque mi padre me ha desheredado.

Se besaron con pasión.

La boda fue un verdadero acontecimiento, en el que tan solo estuvieron los más íntimos.

Las revistas del corazón publicaron la historia de la hija del millonario que había renunciado a su fortuna por amor.

Mike y Sofía también acudieron a la boda y luego se marcharon a Estados Unidos, aunque prometieron regresar cada año a pasar las vacaciones.

El asunto de la descalificación fue olvidándose poco a poco.

—¿Cómo se siente una cuando ha dejado de ser rica? —le preguntó Giorgio a su flamante mujercita.

—Es indescriptible, pero te aseguro que no es cambiable.

—Tal vez algún día te arrepientas.

Pensaba ella que eso no sería posible, porque en aquellos momentos en que después de la ceremonia se habían quedado solos por primera vez, comprendió que estaba unida a aquel hombre para siempre.

Ahora las palabras estorbaban.

Era la hora de los cuerpos.

Unos cuerpos que se buscaban milímetro a milímetro, explorándose, buscando y dibujando arabescos.

—¡Soy feliz! —exclamó ella en el momento de la posesión. Sentía que aquel hombre no podría separarse nunca de su lado.

EPÍLOGO

La temporada siguiente fue un éxito para el Sarco, ya que consiguió el preciado ascenso a primera división.

Giorgio había sido padre por primera vez y ante el acontecimiento el abuelo Calder se desdijo de sus palabras y aceptó no solo al nieto sino también al yerno y decidió hacerse cargo del equipo, lo que la empresa anterior recibió como maná llovido del cielo después de los descalabros directivos que había sufrido, debido al asunto de las joyas que había sucedido la temporada anterior.

En la Copa el Sarco había vuelto a llegar a la final pero esta vez sin que nada extraño envolviera sus actuaciones.

El destino había querido que su rival volviera a ser el Ignis.

Era como una especie de revancha sin serlo.

Aquel partido había subido los índices de expectación, ya que la mayoría recordaba lo que había sucedido en el partido del año anterior.

Mike Harrison y su esposa habían vuelto a Italia de vacaciones para la final y pasar unos días con sus amigos.

Este año la final se disputaba en Roma.

El partido comenzó bastante igualado.

La primera parte terminó con ventaja del Ignis de cuatro puntos.

—Vamos, muchachos, esta vez lo conseguiremos.

—Sin nervios, cuatro puntos no son nada.

—Machaca los rebotes.

La gente chillaba. Era el delirio.

Mike Harrison recordó todo lo sucedido el año anterior.

—¿Se lo contarás? —le preguntó Sofía—; es tu mejor amigo.

—Tienes razón, sé que no debería, pero lo haré.

La segunda parte tuvo la misma tónica que la primera, pero el Sarco comenzó a jugar al contraataque y eso le dio la victoria que se concretó al final por seis puntos de ventaja.

El deporte había vencido.

F I N

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento



Al terminar el primer mes



Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimula activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº. 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle **N.º** **Piso**

Población **D. Postal**

Provincia







EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Precio en España 60 ptas.